
n la pantalla
las prefieren
rubias
MEDIA EN
ES ACTOS
DE
ERRANO
INGUITA

Cubierta

de

este

número:

Aurora Redondo

y

Valeriano León

en

una

escena

de

En la pantalla las prefieren rubias

FRANCISCO SERRANO ANGUITA

En la pantalla las prefieren rubias

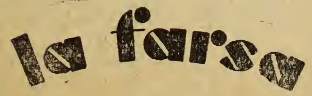
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Se estrenó en el Teatro Victoria, de Madrid, la noche del 16 de diciembre de 1932.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS





AÑO VII ||| 4 DE FEBRERO DE 1933 ||| NÚM. 282
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Pepita Jiménez	Aurora Redondo.
Doña Jesusa	Rafaela Rodríguez.
Cruz	Isabel Redondo.
"Graciella del Mar"	Purita Martínez.
Lianne	Angelita Palencia.
Mary	Manolita P. Guerrero.
Elsa	Mari-Carmen Caballero.
"La Zuloaga"	Cándida Granda.
Cristóbal Tajuelo	Valeriano León.
René Lacy	José Marco Davó.
Don Alberto Villares	Julio Costa.
Demetrio Paulieff	Manuel Luna.
"Bartolo"	José Porres.
Manzaneque	José Alfayate.
Pedro Osuna	José M. Navarro.
El "barman"	Roberto Banquells.
Peláez	Santos Asensio.
Henry	Pedro Montesinos.
Un criado	José M. Navarro.
Un comparsa	José Alonso.

Comparsas y figurantes cinematográficos de uno y otro sexo.

La acción del primer acto en Madrid. La del segundo, en los estudios cinematográficos de Saint-Cloud (París), y la del tercero también en Saint-Cloud, en un hotel de viajeros.

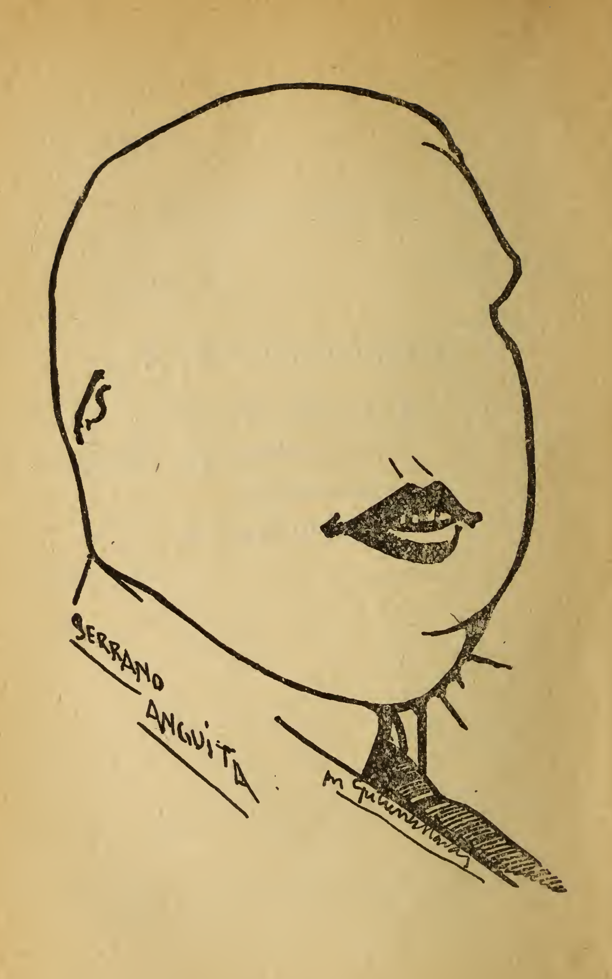
Epoca, la actual. Las indicaciones del lado de los artistas.

DEDICATORIA

A Aurora Redondo y Valeriano León, admirables intérpretes de esta comedia.

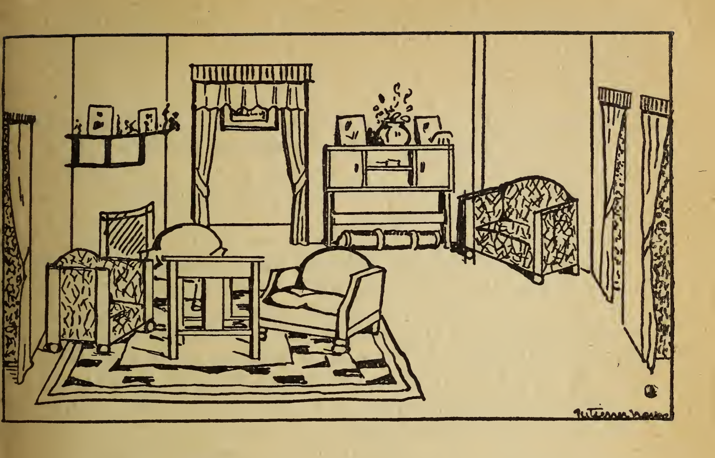
Fraternalmente,

PACO


SERRANO ANGUITA

ACTO PRIMERO


...Tipo motterno
de "girl", n'est pas?



Gabinete en la casa de Pepita Jiménez y Cristóbal Tajuelo, artistas dramáticos, amueblado con abigarrada elegancia. Cama turca, butacas y taburetes bajos, mesa enana, otra más proporcionada, telas búlgaras, almohadones de colorines, caprichosa lámpara pendiente del techo; otras lámparas en las mesas, y sobre la repisa que adorna las paredes, muñecos y bichos de trapo, figurillas de metal y de porcelana; algunos libros con bonitas encuadernaciones, servicio para fumar, grabados modernos, etc. etc. Todo algo chillón y de no muy buen gusto. Cosas de valor junto a insignificantes chucherías. Objetos de arte al lado de cacharros inadmisibles. En suma: una especie de bazar en el que se han ido acumulando todos los regalos que una actriz guapa y eminente suele recibir en sus beneficios. El gabinete tiene una puerta al foro, con salida al exterior de la casa, y otras dos en la lateral izquierdo que llevan a las demás habitaciones. A la derecha, una ventana o un balcón, abierto sobre una calle tranquila y con árboles ya en pleno verdor. El acto comienza por la mañana, cerca ya del mediodía, en el mes de mayo y en Madrid.

(En el momento de alzarse el telón sale por la izquierda, segundo término, CRISTOBAL TAJUELO. Es joven, sencillo, de aire insignificante y tímido. Viste elegante traje claro y lleva sombrero de fieltro gris. La característica de Cristóbal es cierto gesto asusta-

dizo que rara vez cambia por otro más enérgico. Se detiene en la misma puerta del lateral y dice, dirigiéndose a alguien que está dentro:)

CRISTOBAL.—Sí, descuida... No se me olvidará nada... Vuelvo a escape. (*Se encamina hacia el foro, y antes de llegar a la puerta le detiene la voz de Pepita.*)

PEPITA.—(*Dentro.*) ¡Cristobita!... ¡Oye, Cristobita!...

CRISTOBAL.—¿Qué, mujer?

PEPITA.—(*Dentro.*) Aguarda un minuto.

CRISTOBAL.—¡Chica, que es muy tarde! (*Cristóbal ha hecho un levísimo gesto de impaciencia. Por la misma puerta de la izquierda, segundo término, sale ahora PEPITA JIMENEZ. Joven, guapa, morena, con lunares y llena de luz y de alegría. Trae puesto un "pyjama", un "deshabillé" o las ropas íntimas que la actriz prefiera, con tal de que sean vistosas y elegantes. Tiene revuelta la melenita corta, calza chinelas y todo revela en ella la lozanía y el frescor del baño y la ducha recientes.*)

PEPITA.—(*Al salir.*) No corras tanto, hombre. ¡Siempre has de ir disparado!

CRISTOBAL.—Pero, ¿qué pasa ahora?

PEPITA.—No te enfurruñes, Tobalín. Es que no estoy tranquila, ¿sabes? Creo que se nos olvida algo.

CRISTOBAL.—¿Qué?

PEPITA.—Pues no lo sé, hijo. Ve tú diciendo...

CRISTOBAL.—(*Resignado.*) ¡Vaya por Dios! El lápiz para los labios...

PEPITA.—Que sea grosella, ¿eh?

CRISTOBAL.—Sí; grosella. El color de la cara...

PEPITA.—Frambuesa, bien fuerte.

CRISTOBAL.—¿Creerás que no sé que es frambuesa?

PEPITA.—¡Ay, Cristobita, podías no acordarte!

CRISTOBAL.—Sí que me acuerdo. ¿Y qué más?... El esmalte chino para las uñas.

PEPITA.—De lo más guinda que haya.

CRISTOBAL.—Desde luego... Dos barras de siena... El negro de humo para los párpados... El "pastinel" de las pestañas... Un frasco de colonia "Manzanas ácidas"... Un pomo de esencia "El beso de las tres de la mañana... (*Risueño.*) ¿Eh? ¿Qué te parece la marca, Pepita? ¡"El beso de las tres de la mañana"!...

PEPITA.—Cosas de los perfumistas, que son siempre un poco románticos.

CRISTOBAL.—Bueno... Quedamos en que el "Beso"... Y la colonia... Y los demás potingues... Me parece que está todo.

PEPITA.—¿Seguro, seguro, Tobalín? Mira que me temo que falte algo en la lista...

CRISTOBAL.—(*Otra vez un poco impaciente.*) ¡No, mujer! (*Conteniéndose, como asustado de su audacia,*) ¡Si lo sabré yo!... Año y medio casados, y en ese tiempo dos viajes por semana a la perfumería, que ya me conocen en el barrio por "el chico de Gal"...

PEPITA.—(*Riendo.*) ¡Ay, qué gracioso!

CRISTOBAL.—(*Que ríe a su vez.*) ¿Te hace gracia, salada? Pues así me llaman... En fin, no te preocupes. Llevo bien la cuenta de todo. Aun tenemos carmín, "mástic", crema, brillantina, jabón, alcohol, polvos, loción del pelo... Además, con volver a la tienda por lo que se nos olvidase...

PEPITA.—Si no caemos en la cuenta a la hora de la función, como la otra tarde, que tuve que pedirle un carboncillo a la Romero. Malísimo, por cierto. No sé dónde compra el carbón esa mujer...

CRISTOBAL.—Ahí ves tú; y eso que dicen que fué cocinera en su mocedad... Ea, ¿puedo marcharme?

PEPITA.—Sí; y vuelve pronto, que tenemos que estudiar.

CRISTOBAL.—¿Dejo las compras en el teatro?

PEPITA.—No, no; las traes aquí y luego las llevaremos. Tú lo revolverías todo. (*Va a irse Cristóbal cuando entra por el foro CRUZ, doncella de la casa y madrileña sin "madrileñismo"; esto es: graciosa, bonita y ocurrente, pero sin nada redicho ni recortado en el hablar ni en las maneras.*)

CRUZ.—(*Desde la puerta.*) Señorita: Tirabeque...

PEPITA.—¿Cómo?

CRUZ.—Tirabeque, que está ahí.

PEPITA.—¿Quién dices?...

CRUZ.—El pelmazo ese del teatro. El viejo que trae los recaos.

PEPITA.—¡Ah, vamos! (*A Cristóbal.*) Manzaneque, el avisador. (*A Cruz.*) Es Manzaneque, chica.

CRUZ.—(*Encogiéndose de hombros.*) Es lo mismo. Dice que quiere darle una razón.

CRISTOBAL.—¡Andando!... (*A Pepita.*) Te aguarda un discurso. Yo me escapo...

PEPITA.—No, hijo, no. (*A Cruz.*) Dile que pase. (*Cruz se va por el foro.*) Quédate aquí para recibirle mientras me arreglo un poco.

CRISTOBAL.—¿Es que hay que hacerle los honores? ¡Que espere él solo!

PEPITA.—¡Eso! Y que se ponga a curiosear por el gabinete, y a hacer la lista de lo que tenemos, para irlo contando luego por los cuartos... No; te estás tú con él, vigilándole. Hasta ahora. (*Se va por la izquierda, segundo término.*)

CRISTOBAL.—No tardes, rica. (*Solo en escena.*) Me fastidia el avisador, que se toma muchas confianzas. (*Por el foro vuelve CRUZ acompañando a MANZANEQUE, avisador del teatro en que actúan Pepita y Cristóbal. Es hombre viejo y desenfadado, archivo viviente de anécdotas y chismorreos. Viste ropas modestas.*)

CRUZ.—(*En la puerta, cediendo el paso a Manzaneque.*) Pase usted, señor Palomeque.

MANZANEQUE.—Manzaneque, monada. Voy a tener que darte una copia de mi cédula.

CRUZ.—¡Ay, no; que si yo veo la edad exacta que usté tiene me va a dár un síncope! (*Se marcha por el foro.*)

MANZANEQUE.—Esta marchosa se trae buenos golpes... (*Avanza y saluda a Cristóbal, muy campechanamente.*) ¡Hola, Cristobita, simpático!... ¿Qué hay por el mundo?

CRISTOBAL.—Adiós, Manzaneque. ¿Pasa algo?

MANZANEQUE.—Ahí traigo un aviso.

CRISTOBAL.—¿Han variado el ensayo? ¿Retiran la obra?

MANZANEQUE.—No, hombre. ¿A santo de qué?

CRISTOBAL.—Como parece que la empresa no está muy conforme...

MANZANEQUE.—¡Y tanto que no lo está! Tú figúrate... ¡Un latazo!

CRISTOBAL.—Pues a mí me gusta.

MANZANEQUE.—Tú no entiendes, Tajuelo. La comedia es un tostón... Y en verso, por añadidura. Pero es de don Nicasio, y se estrena. Cuatro noches el teatro vacío, y a otra cosa. ¡Paciencia!

CRISTOBAL.—A lo mejor se equivocan todos. Y me alegraría, porque tenemos buen papel.

MANZANEQUE.—¿En qué obra no lo tiene la Pepita?

CRISTOBAL.—(*Soliviantado.*) ¡Caray, Manzaneque! Eso de "la Pepita" no me suena bien.

MANZANEQUE.—¡Ay qué bueno está! ¿Cómo voy a nombrarla? ¿No les digo así a todas las eminencias: a la Rosario, y a la Margarita, y hasta a la Leocadia, sin que ninguna se me enfade? Cuanto

más a tu "costi", que bien chavalilla la conocí, cuando hacía papelitos en "Talía hermanos", un cuadro de aficionados que le llamaban "la Paz y Caridad", porque agarraban una comedia, formaban el cuadro y la ejecutaban...

CRISTOBAL.—(*Aburrido.*) Bien, hombre.

MANZANEQUE.—Ahora que la Pepita desentonaba allí, esa es la verdad. Ya se veía que iba a ser cosa fina. ¡Suerte has tenido tú enganchándote a ella!... Y di que te falta arranque, porque si no, ¿de dónde iba a hacerle nadie los galanes a la Jiménez más que tú, que eres su marido, y a mucha honra.

CRISTOBAL.—(*Modesto... y molesto.*) Es que yo valgo muy poquito.

MANZANEQUE.—¡Vamos, anda! Que no te engallas... Y que también la Pepita tiene un cuajo... Si ella fuese como es la Romero, verbigracia... ¿No sabemos todos que desde que la Romero se ha conchavado con Pastranilla y lo maneja a su capricho, que hasta le pega en la intimidad, y a mí me consta, Pastranilla ha empezado a subir? ¡Si se permite hablar de su categoría, y exige papeles, y le van a repartir el Pero del "Don Mendo"!... Como que ella es una frescacha que grita y sabe imponerse... (*Y el bueno de Manzaneque, agotado ya el chaparrón de chismes del día, hace una breve pausa y comenta luego como un filósofo.*) ¡Total, líos!

CRISTOBAL.—El caso es que contándomelos, aun no me has dicho qué aviso traes.

MANZANEQUE.—No te preocupes, Tajuelo, que no es para ti; es para la Pepita.

CRISTOBAL.—Me parece que es lo mismo.

MANZANEQUE.—Te diré... Siendo vosotros marido y mujer, si yo traigo un recado particular, muy bueno que te lo dé a ti, que eres el jefe y el que mandas. Pero como el recado es para la actriz, y en la actriz no manda nadie, porque ahí sí que es la primerísima, y tú no has salido de los tres duros...

CRISTOBAL. — (*Mortificado, pero prefiriendo echarlo a broma.*) Eres un beduino, Manzaneque.

MANZANEQUE.—A más que debe de ser cosa del teatro. Barullos del empresario con los autores, que ya sabes tú el tira y afloja que se traen... Lo que te digo: ¡total, líos!

CRISTOBAL.—(*Encogiéndose resignadamente de hombros.*) En fin... Mira, aquí está ya Pepita. (*PEPITA llega, en efecto, por la izquierda segundo término. Se ha cambiado de ropa y trae ahora un lindo vestido de casa, menos íntimo y llamativo que el anterior.*)

MANZANEQUE.—(*Viéndola llegar.*) Y tan elegante, y con el "aquel" de siempre, que es lo que más la envidian. Mucha salud, doña Pepita. (*La saluda con un respeto que contrasta con la familiaridad con que hablaba a Cristóbal.*)

PEPITA.—¿Qué ocurre, Manzaneque?

CRISTOBAL.—Que trae un recado para ti del que yo no puedo enterarme.

MANZANEQUE.—No es eso, y ya lo he explicado. A mí me ha dicho la empresa que el aviso es para la actriz, y como la actriz es aquí, doña Pepita, uno, que sabe su obligación...

PEPITA.—(*Atajándole.*) Enterados, Manzaneque. (*A Cristóbal.*) Oye, Tobalín, tú no hagas caso y vete a hacer las compras. No te enfadas; ¿verdad que no?

CRISTOBAL.—(*Con su dulce resignación.*) Yo, ¿por qué?... Yo sé bien mi papel... Todos mis papeles... Son muy cortos, y me los aprendo de memoria. Adiós, Manzaneque.

MANZANEQUE.—(*Despidiéndole.*) Divertirse.

CRISTOBAL.—(*A Pepita, que lo acompaña hasta el foro.*) Hasta ahora mismo, guapa. (*Antes de irse, y bajando la voz.*) Oye, que me debes un beso: el de despedida... Este pedazo de avisador es siempre inoportuno. Me lo debes, ¿eh?

PEPITA.—¡Anda, zaragatas! (*Cristóbal se va por el foro. Ella le ve marchar y dice.*) ¡Qué bueno es! ¡Qué fe y cuánta confianza tiene en mí! Esto debieran verlo todos los que andan por ahí murmurando. Así sabrían lo que es un matrimonio feliz, Manzaneque... (*Todo lo ha dicho para que el avisador lo oiga; pero el hombre no le hace ningún caso, entretenido en contemplar los cachivaches del gabinete.*) ¿Es que no me oye? ¿Qué mira usted, hombre de Dios?

MANZANEQUE.—(*Volviéndose rápido.*) ¿Eh?... Usted disimule, doña Pepita. Curioseaba por aquí...

PEPITA.—¿Aun tiene usted algo que curiosear?

MANZANEQUE.—Que me había a mí intrigado si aquel cacharro de porcelana, el de la gachí en traje de baño jugando al fútbol, que le regaló usted a la Martínez, la característica, en su beneficio, era el mismo que estaba aquí, en el vasarito. Y por las muestras así es, porque le echo de menos.

PEPITA.—(*Sin saber si reírse o indignarse.*) Pues con eso y con que me diga de una vez el recado que trae, ¡al avío!

MANZANEQUE.—Es de la empresa; vamos, del señor Ramírez. A la cuenta, sabe que don Alberto Villares piensa venir a verla a usted.

PEPITA.—(*Extrañada.*) ¿A mí? ¿Para qué?

MANZANEQUE.—Tocante a eso, ni palabra. No sé más, sino que el señor Ramírez se me presentó en el teatro y me dijo: "Te vas ya mismo en casa de la Jiménez y la dices, de mi parte, que en lo que va a proponerle don Alberto no diga sí ni no antes de hablar conmigo. Que yo no voy ahora a verla porque tengo reunión del Paritario; pero la veré esta tarde, en el cuarto..., y no quiero que Villares se me adelante y coja de sorpresa a esos pánfilos"... Vuelva usted a disimular, pero "pánfilos" dijo.

PEPITA.—¿Qué tendrá que proponerme don Alberto? ¡Sí que es raro!

MANZANEQUE.—Me malicio yo que es cosa de un papel en la comedia que va a darnos.

PEPITA.—(*Con gesto de duda.*) ¿Un papel para mí? Me choca. A no ser que haya escrito algo serio...

MANZANEQUE.—Eso no. Ya hay noticias, y usted las habrá oído, de que la obra es de las de troncharse. Pero como don Alberto es tan autorazo, a lo mejor se le ha ocurrido un efecto cómico con una escena dramática de las que usted hace más bien que nadie. ¿No le parece?

PEPITA.—¡Vaya, Manzaneque! ¡Ni que Villares estuviese loco..., o lo estuviese yo! Además, si fuera eso, ¿por qué me iba a avisar la empresa, y con tanta urgencia?

MANZANEQUE.—Pues de no ser así... (*Por la izquierda, primer término, llega DOÑA JESUSA, madre de Pepita. Pasó ya de la cincuentena; pero todavía está rozagante. Trae sujeto con ambas manos, por las hombreras, un rico vestido de mujer, de la época de Luis XIV en Francia, muy recamado de oro.*)

JESUSA.—(*Al entrar.*) Mira, Pepita; aquí tienes este traje, que yo creo que va muy bien para la obra de don Nicasio. (*Saludando al avisador.*) ¡Hola, Manzaneque! (*A Pepita.*) Es el que te hiciste para aquella comedia: "Los amores del rey", que no duró más de siete días. Digo yo que podrías sacarlo ahora.

MANZANEQUE.—(*Admirando el vestido.*) ¡Precioso que es!

PEPITA.—¡Por Dios, mamá!... ¡Si la comedia de don Nicasio requiere ropas del siglo XV!...

JESUSA.—Pero, ¿va a fijarse nadie en esas pequeñeces? ¿Qué más da un siglo que otro? Lo principal es que te ahorres las seiscientas o setecientas pesetas del vestido, que luego pasará lo que con éste, que no podrás aprovecharlo.

PEPITA.—La verdad, no me atrevo. Antes me pongo la ropa de la empresa, que está obligada a darla.

JESUSA.—¡Sí, sí! ¿No has oído a Ramírez, que dice que para esta obra no manda dar ni una puntada al sastre, y que con la guardarropía hay que arreglarse? Te darán un traje de esos que han rodado por todos los escenarios y los han lucido en los bailes de máscaras todas las galochas... ¡También sería humor de exponerte a una erupción que ni la del Vesubio!

PEPITA.—Me encargaré la ropa.

JESUSA.—(*Enojada.*) ¡Ajajá! Por un capricho del autor, ¿verdad? No sé yo a qué viene el afán de arruinar a las actrices con estos trajes de luces... ¡Cuánto mejor es y cuánto más no gustan las comedías del día, en que la dama sale tan maja con su vestido de "suaré", que con teñir uno viejo y darle la vuelta te arreglas, si a mano viene!

PEPITA.—En fin, mamá; esa es cuestión mía.

JESUSA.—¡Claro!

MANZANEQUE.—(*A Pepita.*) Usted dispense si yo me mezclo; pero en este caso, estoy con aquí. (*Por doña Jesusa.*) Un céntimo que se gaste en la comedia nueva, un céntimo tirado a la calle.

JESUSA.—(*Pegando la hebra con el avisador.*) ¡A ver si no sería un dolor hacer tantísimo gasto! Porque tiene usted mucha razón en lo que dice, Manzaneque...

PEPITA.—(*Cortando de golpe el diálogo.*) ¡Alto, que Manzaneque ya no dice nada! El no hizo más que traer un recado, y ha cumplido su obligación..., y en el teatro le aguardan otros quehaceres. (*A Manzaneque, muy risueña, pero dándole a entender que está decidida a que se marcha.*) ¿No es así?

MANZANEQUE.—Si usted lo dice... Yo, mayormente, mucho que hacer no tengo; pero... (*Despidiéndose.*) Quedamos en que usted se enteró ya del aviso de la empresa, y que si viene el señor Villares...

JESUSA.—(*Terciando.*) ¿Villares? ¿Don Alberto va a venir a casa?

PEPITA.—No lo sé, mamá. (*A Manzaneque.*) Usted dígale a don Miguel que esté tranquilo y que se lo agradezco mucho. (*Despidiéndole ya sin ceremonias.*) Y hasta luego, Manzaneque. Le debo una propina... Se la daré más tarde. Ya se pasará por mi cuarto, ¿eh?... (*Le empuja, ansiosa de que se vaya.*)

MANZANEQUE.—No se preocupe. Uno a servir, que para eso le pagan... Con que hasta luego. (*A doña Jesusa.*) Muy buenas, señora. (*A Pepita.*) ¿Dice usted que en el cuarto...? (*Pero no puede completar la pregunta porque Pepita, del último empujón, le planta en el pasillo.*)

PEPITA.—(*Furiosa.*) ¡Sí! (*Cuando ya se ha ido Manzaneque.*) ¡Ay,

qué tío más posma! (*A doña Jesusa.*) ¿Le oliste tú, verdad? Y entraste al olor, para ver lo que se chismorreaba. ¡Si te conoceré!... No parece sino que urge tanto el dichoso vestido... (*Devolviéndoselo a doña Jesusa, que lo dejó sobre una silla.*)

JESUSA.—¡Eso es! Yo a lo que estoy. A sufrir y a no enterarme de nada. Me quedaré sin saber el por qué de la visita de Villares. Aunque me lo imagino. Te traerá un papel... Y tú, como si lo viese, le darás con él en las narices. Saldrás con que si el "astracán" y con que si la dignidad del arte... ¡Mucha dignidad, y mucho drama engarabitado, y mucha alta comedia... y cuando se estrena la obra de cien noches, los demás la gozan y tú te quedas en el cuarto!

PEPITA.—Mamá, ¿quieres callarte?

JESUSA.—¡A ver qué remedio! Pero tengo razón, aunque tú me la quites... y aunque te apoye el mequetrefe de tu marido, que te dice a todo que sí por la cuenta que le tiene...

PEPITA.—¡Pero si yo no sé lo que desea Villares, ni me importa!... A lo que vino Manzaneque fué a decirme, de parte de la empresa, que no me comprometa a nada con don Alberto antes de hablar con ella.

JESUSA.—¡Claro! ¡Ya lo resolvió la empresa! Pues tú harás lo que te convenga, y a Ramírez le vendrá muy ancho... ¡Vamos! No creo yo que los veinticinco duros que te pagan den derecho a mandar en tu voluntad. Aunque puede que yo esté equivocada. ¡Como siempre me equivoco!...

PEPITA.—(*Echándolo a broma.*) Eso era antes, mamá. ¡Cuando trabajabas! (*Por el foro entra CRUZ, que dice a Pepita.*)

CRUZ.—Con permiso. El señorito Cristóbal, ¿se marchó ya?

PEPITA.—Sí; ¿por qué?

CRUZ.—Porque me ha reventao.

PEPITA.—(*Asombrada.*) ¿A ti?...

CRUZ.—¡Cuidao que no tenía en el pensamiento otra idea que decirle a usté que le encargase de traer la fruta, porque cuando yo fuí a la plaza no había llegao la de hoy!...

PEPITA.—Bueno; ¿y qué tenemos con eso?

CRUZ.—Que, ya que el señorito iba a unos mandaos, no le costaba trabajo traerla él...

PEPITA.—(*A punto de estallar.*) Mira, Cruz; vete a la cocina, arregla lo que tengas que arreglar, márchate por la fruta o por lo que sea... y no vengas aquí con impertinencias.

CRUZ.—¡Ay, señorita! ¿He dicho yo algo malo? (*A doña Jesusa, segura de obtener su apoyo.*) ¿Lo he dicho, doña Jesusa?

JESUSA.—Por lo visto, sí, hija. ¡Que traiga la fruta don Cristóbal!... ¡Casi nada! Mejor se le encarga al otro Cristóbal, a Colón, que envíe cocos de la Habana.

PEPITA.—(*Enérgica, a su madre.*) ¡Calla tú! (*A Cruz.*) ¿No oyes que te marches? Pero, ¿es que porque el señor sea tan bondadoso piensa nadie que se va a abusar de él, del amo de la casa? ¡Parece que olvidamos todos que aquí no se puede hacer sino lo que mi marido mande!

CRUZ.—¡Ah, bueno, bueno! Será así, cuando usté lo dice; pero como él lo disimula tan bien... Lo del mando, digo.

PEPITA.—¡Vete ya, descarada! Lo que es como sigas por ese camino poco vas a durar aquí.

CRUZ.—¡Si ya sabía yo que acabarían echándome la bronca! (*Cruz se dispone a irse por el foro; pero antes de que lo haga entra por allí CRISTOBAL, que trae un gran envoltorio.*)

CRISTOBAL.—(*Al entrar.*) ¡Hola! (*A Pepita.*) No dirás que he tardado. Y que lo traigo todo, ¿eh?... (*Mientras desanuda la cuerda que ata el paquete.*) Oye, que ya aprieta el calor... ¡Está la acera del Aéreo Club sin pizca de sombra!... (*Desenvolviendo el paquete y enumerando los diversos estuches y frascos que contiene.*) Vamos a ver... "El beso". (*A Pepita, con malicia.*) Por cierto, que me debes uno... El "pastimel"... Las barras de siena... El negro de humo... El esmalte, guinda... El color de la cara, frambuesa... Querían dármelo melocotón, que dicen que es la moda; pero tú me habías encargado frambuesa... El lápiz, grosella... Y las "Manzanas ácidas"...

JESUSA.—(*A Cruz, con guasa.*) Pues fíjate; ha traído toda la fruta.

CRUZ.—(*Mordiéndose los labios para no soltar la risa.*) Ya, ya lo veo.

PEPITA.—(*Violenta, a su madre y a Cruz.*) ¿No os vais?

CRISTOBAL.—(*Al que ha hecho gracia la chirigota de su suegra.*) ¿Qué sucede?

PEPITA.—(*Secamente.*) ¡Nada!

CRISTOBAL.—¿Te disgustas por una broma?

PEPITA.—No quiero bromas. (*A doña Jesusa.*) Ya lo oís.

JESUSA.—Descuida, mujer. (*A Cristóbal.*) No vayas tú a pensar nada malo, viendo cómo se pone tu señora. Discutíamos porque la Cruz dijo que, ya que tú habías salido, pudiste traer el postre, que no hay. ¡Mira qué crimen, Cristobita!

CRISTOBAL.—(*Sencillamente.*) Si me lo hubiesen advertido...

CRUZ.—(*A Pepita.*) ¿Lo está usté viendo?

PEPITA.—(*A Cristóbal, muy resuelta.*) Si te lo hubiesen advertido hubieras mandando a mi madre, o a la criada, o al mismísimo demonio que rodasen las escaleras y fuesen por lo que hiciera falta. Tú eres el señor, el dueño, y estás aquí para que te obedezcan, y no para que te den órdenes.

CRISTOBAL.—¡Ah! ¿Pero...? (*Mira a doña Jesusa y a Cruz y sin enojo, pero con firmeza, dice.*) Está bien.

JESUSA.—(*Reprochando a su hija.*) De un cañamón haces tú un mundo.

CRISTOBAL.—(*A doña Jesusa.*) El cañamón soy yo, ¿verdad? Para ella, sí; un cañamón, una migaja, lo más insignificante de la tierra. Para los demás... lo que usted ha dicho: un mundo. Que no se le olvide. Y que no se le olvide tampoco que a mí las suegras en las roscas y para ablandarlas con vino. De otro modo se me atragantan.

JESUSA.—Hijo, Cristobita, no te enfades...

CRISTOBAL.—No me enfado; pero no me zarandea nadie... si yo no me dejo zarandear. ¿Estamos?... (*Ha hablado con calma, en su dulce tono de siempre. Y sin embargo tienen tal energía sus palabras, que doña Jesusa, un tanto amedrentada, no se atreve a replicar. Después de una pausa, Cristóbal continúa, dando a su suegra todos los paquetes que trajo.*) Tenga usted; guarde eso por ahí dentro, que luego habrá que llevarlo al teatro.

JESUSA.—(*Desconcertada.*) ¿Yo?...

CRISTOBAL.—Ya veremos quién. Pepita o yo lo dispondremos. Lléveselo. (*Doña Jesusa, con los paquetes y con el traje que sacó para enseñarlo a Pepita, inicia el mutis por la izquierda, primer término, murmurando.*)

JESUSA.—¡Caramba con la mosquita muerta!... (*Se va.*)

CRISTOBAL.—(*Volviéndose hacia Cruz.*) Tú, a lo tuyo; a comprar lo que necesites.

CRUZ.—Descuide usté.

PEPITA.—(*A Cruz.*) Y si viene el señor Villares, que pase aquí.

CRUZ.—Muy bien. (*Se va hacia el foro, y antes de salir mira con asombro a Cristóbal y rezonga.*) Resulta que tiene genio... La verdá es que si lo hiciera igual en el teatro, le daban la ovación... (*Se marcha Cruz. Cristóbal recobra su tímido gesto habitual; se acerca a Pepita, que tampoco puede ocultar su sorpresa, y le dice.*)

CRISTOBAL.—¿Era esto lo que querías?

PEPITA.—Estoy orgullosa... y asombrada de oírte. (*Todavía con algún enfado.*) ¿Qué se habían creído?

CRISTOBAL.—¡Déjalas!... ¡Es natural! Yo soy un infeliz, un bendito que se calla siempre... Aquí, en el teatro, en todas partes... ¡Si es lo más cómodo!... Pero me pareció que hoy querías que alzase la voz, y por eso... Queriéndolo tú, grito más que nadie.

PEPITA.—Grita siempre que se te antoje, Tobalín. ¡Grítale a todo el mundo!

CRISTOBAL.—¿A ti también? (*Lo pregunta con mucha timidez; pero a Pepita le parece el colmo del atrevimiento, y le mira absorta. El se apresura a decirle.*) No; a ti, no. ¿Dónde iríamos a parar? De sobra sabes que nunca me salgo de mi puesto.

PEPITA.—Eso es lo que me da pena.

CRISTOBAL.—¿Por qué? Mi puesto es... el que yo he elegido. Humilde junto a ti, porque tú estás muy alta; siendo tu criado y tu esclavo en la escena y fuera de la escena... Pero esclavo tuyo. De los otros, no.

PEPITA.—Ni mío tampoco. A mí no me engañas. Yo sé lo que vales, y sé que por no oscurecerme, porque entre nosotros no haya rivalidades ni celos, te haces el ignorante, el pequeñito.

CRISTOBAL.—(*Abochornado, como si le descubrieran una falta.*) ¡Anda allá! ¿Voy yo a ser tan necio que quiera ponerme a tu nivel?

PEPITA.—Pues de soltero soñabas con el éxito, y querías abrirte camino y lograr un nombre. ¡Si me lo decías a mí cuando me tomabas por confidente!...

CRISTOBAL.—¡Caray, es de que algún modo tenía que hacerte el amor! No se me ocurría otra cosa... Y para conquistarte necesitaba hacerte creer que yo llegaría a ser Talma... ¡Sí, sí, Talma!... ¡Bufandilla y gracias! Y no te creas que me importa, ¿eh? ¿Triunfos?... Los tuyos son los míos, y yo los consigo sin que la crítica tenga que decirme que estoy de un modo o del otro. ¿Gloria?... ¡Con que tú me des la que a ti te sobra!... Y, además, que no hay gloria, ni triunfo, ni orgullo como este de ser tu marido y tenerte para mí solo.

PEPITA.—(*Emocionada.*) ¡Tobalín!...

CRISTOBAL.—¡Como que voy yo a cambiar por ninguna gloria esta españolita morena, pelinegra y con lunares que me ha caído en suerte!... ¡Lo mejor del mundo, créeme tú! Fuera de aquí yo soy el que te saca las cartas al escenario y deja que presuma contigo el galán. Pero aquí, solos tú y yo, ¡el amo! (*Abrazándola.*) ¡Una pequeñez! Pepita Jiménez, la eminentísima Pepita Jiménez..., ¡para mí! ¡Para Cristobita! ¡A ver si no es grande!... ¡Y que se rían

los otros y me tengan lástima! (*La besa, y ella, entre enojada y risueña, se desprende de sus brazos.*) ¡Je, je! ¡Me lo debías!

PEPITA.—¡Y te lo cobras a traición!

CRISTOBAL.—A traición..., pero de verdad. No como en el teatro, que siempre es de mentirijillas. (*Vuelve a besarla.*)

(*Han llegado por el foro DON ALBERTO VILLARES y RENE LACY, que se detienen en la puerta y desde allí contemplan a los esposos en plena intimidad. Villares es hombre de cincuenta años, de buena presencia, jubiloso, rebosante de salud y optimismo. Lacy, francés, pasa de la cuarentena y es fino y elegante, aunque un poco afectado y presumido. Tiene el cabello ondulado y gris y viste con mucha distinción.*)

VILLARES.—(*A Lacy, en la puerta y de buen humor.*) ¡Aquí los tiene usted, amigo René! ¡Siempre arrullándose! (*A Pepita y Cristóbal.*) ¡Que aproveche!

CRISTOBAL.—(*Volviéndose.*) ¿Qué pasa? (*Sonrojado y azoradísimo al ver a los visitantes, procura esconderse en cualquier sitio.*)

PEPITA.—(*Al ver a Villares.*) ¡Ay, don Alberto!... ¡Qué alegría! Pero, ¿y esa Cruz, que no nos ha avisado?

VILLARES.—(*Avanzando con Lacy.*) No importa; hay confianza... Y porque la hay me permito traer una visita.

PEPITA.—Muy honrados...

CRISTOBAL.—¡Digo, ya lo creo! (*Se saludan con mucha cordialidad. Villares presenta a Lacy.*)

VILLARES.—Monsieur René Lacy, un parisino al que vamos a hacer madrileño honorario, porque es ya más chulapo que la Cibeles. Buena persona... Gran animador del cinema europeo, director de los Estudios Lutetiæ-Films, en Saint-Cloud, cerca de París...

RENE.—(*Inclinándose, y con marcado acento francés.*) Yo estoy encantado...

VILLARES.—(*A René, por Pepita.*) A Pepita Jiménez no hay que presentarla. Es nuestra gran artista, la joya del teatro español. Y de guapa...; de guapa creo que es inútil hablar, ¿eh?

RENE.—(*Besando la mano a Pepita.*) ¡Gentilísima!

PEPITA.—(*Ruborizada.*) ¡Vaya por Dios!

VILLARES.—(*Por Pepita.*) No es muy amiga mía. Desdeña mi género... (*A un gesto de protesta de ella.*) ¡Y hace usted muy bien! Yo soy el primero en desdeñarlo... ¡Pues si yo pudiera escribir cosas serias, para que me las estrenase Pepita Jiménez, que es la primera actriz del mundo!...

PEPITA.—(*Alegre, a René.*) ¿Ve usted qué hombre?

RENE.—¡Grande humor don Alberto!

CRISTOBAL.—(*Al que se le fué pasando el bochorno.*) ¿Y por qué no se sientan?

VILLARES.—(*Como si reparase ahora en Cristóbal.*) ¡Ah! Aguarden... (*Presentándole a René.*) Cristóbal Tajuelo, feliz esposo de esta maravilla. (*Por Pepita.*) Cristobita le llamamos todos. Buen muchacho; actor modesto, que se ha empeñado en no sobresalir, pero inteligentísimo. En "Las de Caín", ¡hacía un guarda del Retiro!... (*Besándose la punta de los dedos.*) ¡Daban ganas de preguntarle dónde estaba la Rosaleda!

CRISTOBAL.—(*Azorado.*) Bueno, don Alberto; no se burle usted mucho.

PEPITA.—(*A René, por don Alberto.*) ¡Siempre está igual! (*Se han sentado todos, y hay una pausa embarazosa que corta Pepita diciendo.*) En fin...

VILLARES.—En fin; a algo venimos nosotros, ¿no?... (*A Pepita y Cristóbal.*) Pues, para que vean ustedes lo que yo les estimo, aquí me tienen en clase de premio mayor de la lotería que cae en esta casa.

CRISTOBAL.—Usted cae aquí siempre como el premio gordo; pero la verdad es que no comprendemos... (*A Pepita.*) ¿Tú has comprendido algo?

PEPITA.—Ya se explicará él.

VILLARES.—Quien debe explicarse es el amigo Lacy. Yo no soy más que el introductor de embajadores. (*A René.*) ¡Arránquese, compadre!

RENE.—Pero... yo no sé... Impossible dominar la lengua de la España... (*A Villares.*) A usted no será tan difísil...

VILLARES.—¡Vaya! ¡También me trae de intérprete!... (*A Pepita.*) Ya le dije que Lacy es un maestro de la cinematografía. Ha hecho películas maravillosas, de esas en que las casas están torcidas, y a los personajes no se les ve más que la mitad de la cara.

PEPITA.—(*Que no sabe, la pobre, de qué le hablan.*) Sí, sí...

VILLARES.—Ahora, en Saint-Cloud van a hacer películas españolas. ¡Figúrese si nos conviene! Yo les he hecho el diálogo de una que se titula: "A la sombra de la Giralda", y que se editará también en francés, en inglés y en alemán.

CRISTOBAL.—(*Asombrado.*) ¿La Giralda en inglés?

VILLARES.—Con variaciones, se entiende. Se cambiarán los títulos. "A la sombra de la torre Eiffel". "A la sombra de Westmínster". "A la sombra de Hidemburg"... ¿Qué le parece?

CRISTOBAL.—Que siendo cosa de usted tenía que tener mucha sombra.

VILLARES.—Para la versión castellana Lacy necesita artistas españoles, y ha venido por ellos. Ha contratado a la Millancita, a Perico Puente, a Rufino Beltrán... ¡Se lleva lo mejor! Pero le falta la estrella, la figura central, la protagonista, la... Giralda, como si dijéramos: (*A Pepita.*) Usted.

PEPITA.—(*Temblorosa de emoción.*) ¿Yo?...

VILLARES.—¡Claro! René ha visto a todas nuestras actrices, y afirma que solamente usted le sirve para esa película.

RENE.—(*Interviniendo, impaciente.*) Pero... ce n'est pas... Permítame... No va bien... No es así... Mademe Jimenés no será sólo a este film que ella trabajará... Comprende, ¿no? Madame Jimenés será figura de la Lutesie pour ce film, et pour un autre film, et pour un autre..., et tout avant. Cette première fois ella va a ser... ¿comment se dit?... la... la..., sí; la prueba, la ensaya que nosotros haremos. Et madame Jimenés, c'est évident, será la grande actris al sinema español. J'en suis sur... Et grande contrato, et grande reclama, et grandes affiches, et toujours premier plain... (*Cristóbal, que a duras penas ha entendido a René, aprovecha que éste se detiene a tomar aliento para decir estupefacto.*)

CRISTOBAL.—¡Camará, qué hombre! Es la Escuela Berlitz...

VILLARES.—(*A Pepita.*) Un poquillo enrevesado; pero se entera usted, ¿verdad? Supongo que no dejará escapar la ocasión...

PEPITA.—(*Chispeantes de alegría los ojos.*) Desde luego, es una suerte. Pero, así, de golpe... ¿Y si no sirvo para el cine? (*A Cristóbal.*) ¿Tú qué opinas, Tobalín?

CRISTOBAL.—¿Yo?... Tú verás, Pepita. Ahora que dejar el teatro, cuando en él has hecho tu fama; abandonar al público...

VILLARES.—Abandonarle no, ¡qué diablos! El público la admirará lo mismo en la pantalla que en el escenario. Y además otros públicos han de conocerla... ¡El mundo entero, que hará de ella una artista universal!

PEPITA.—Figúrese usted, yo... ¡encantada! ¿Qué más desea una?

VILLARES.—Sin olvidar lo otro (*Con ademán de manejar dinero*), que también se ofrece en abundancia.

RENE.—(*Que ha comprendido el gesto.*) ¡Oh, sí, sí! Ce premier film, díes mil francos chaque semaine... Mínimo cuatro semaines a trabajar... Dietas de cinq cent..., ¿comment se dit?..., sinco veses sien francos pour chaque journée al estudio. Et, après la Giraldá,

presio a convenir. No importa que haya que pagar, madame Jiménés.

PEPITA.—(*Deslumbrada.*) Sí, sí, señor...

VILLARES.—¡Y su buen anticipo!

RENE.—¡Sierto! ¿Cómo no?... Yo seré felís de entregar prima de veinta mil francos pour le voyage et les premières attentions... Ce n'est pas?

PEPITA.—¿Tú oyes, Cristobita? ¡Es la fortuna!

CRISTOBAL.—¡El "gordo", como decía don Alberto! Pero falta que salga.

VILLARES.—¿Pues no ha de salir? ¡En el acto! A eso venimos... ¿Qué hacen que no firman ya el contrato?

PEPITA.—Si mi marido lo autoriza...

CRISTOBAL.—(*Desconcertado.*) ¿Y te irás de España? ¿Sin mí?... Pues, entonces, ¡es a mí al que me toca la lotería!

PEPITA.—¡Eso no! ¡Tú vendrás conmigo!

CRISTOBAL.—(*Melancólico.*) ¿Marido de la estrella..., y en Francia? No me seduce, guapa.

PEPITA.—¡Trabajarás también! (*A Villares.*) ¿Verdad que sí?

VILLARES.—No lo creo difícil. (*Mirando a René e indicándole a Cristóbal con gesto compasivo.*) Siempre habrá un papelito, ¿no?... Ya le dije que no es brillante; pero es discreto.

RENE.—Comprendo... No importa más... Nosotros somos prevenidos a esto. Monsieur tendrá un petit rôle. Será silueta parlante.

CRISTOBAL.—(*Escamado.*) ¿Eso qué es?

RENE.—Figura que parlerá al conjuntó... Jamais premier plain; pero él parlerá... Avec sept cents... (*A Villares.*) Comment se dit?...

VILLARES.—Sí, hombre; setecientos.

RENE.—C'est lá! Sietesientos francos chaque semaine.

PEPITA.—(*A Cristóbal.*) ¿Ves? ¿No te entusiasma esto?

CRISTOBAL.—¿El qué? ¿Lo mío?... ¡Lo mío es un reintegro! Pero, en fin; me entusiasmo... Aunque no podemos irnos de repente. Hay un estreno inmediato...

RENE.—¡Oh, estrenan, estrenan! Esto no será más que por junio...

VILLARES.—¡Sobra tiempo! ¿No va la obra el viernes que viene? Pues el lunes, ¡despachados! Una comedia en verso, sin pizca de gracia, sin una sola alusión política, sin que se hable de la caverna, de los jabalíes, ni de las creencias. ¡No habrá quién la aguante!

RENE.—Pero yo estoy urgente de marchar... Parto ce soir a Barselona. Y yo desearía liquidar con madame Jiménés... Ningún inconveniente de dar antisipó, y más tarde yo retornaré por firmar los contratos. ¿No es así?

CRISTOBAL.—(*Indeciso.*) Claro, claro...

PEPITA.—¡Resuelve de una vez y no me angusties, Cristobita! (*Va junto a él y le habla muy suavemente, acariciándole con la mirada, con la sonrisa, con el aliento.*) Ya te haces cargo, ¿no? París, la fama, la riqueza... Y, después, Norteamérica. Los grandes automóviles; un "chalet" en California; un yate...

CRISTOBAL.—Sí, y el divorcio, como todas las estrellas...

PEPITA.—(*Sin hacerle caso.*) Tú y yo célebres... Retratos en todos los periódicos... Pondremos muy alto el nombre de nuestra España... ¿Vas a negarte, Tobalín? ¿Me impedirás que vuele hacia el triunfo? ¿Quieres condenarme a esta mezquindad de aquí?

CRISTOBAL.—(*Que, al lado de Pepita, ha ido achicándose de tal forma que se diría que ni se le ve ni se le oye.*) ¿Condenarte yo? ¿Puedes pensarlo? Si es tu gusto, si es tu ilusión, ¡vamos dónde haga falta!

PEPITA.—(*Abrazándole, jubilosa.*) ¡Bendita sea tu boca!

VILLARES.—¡Bravo!

RENE.—Vive l'Espagne!

VILLARES.—¡Que sea enhorabuena! Han hecho ustedes su suerte.

PEPITA.—(*Emocionada.*) Gracias a usted...

VILLARES.—¡Gracias al mérito! ¡Cómo que iba yo a quedarme sin que usted me hiciera un papel! (*A René.*) Aquí hemos concluído.

RENE.—(*A Cristóbol y Pepita.*) Yo retorno... Voy al Crédit. (*Mirando la hora en su reloj.*) Tengo el auto... Seré aquí con los francos y el resibo a firmar passés... quinse minutes. Me comprenez-vous?

PEPITA.—¡Por Dios, no es tan urgente!...

RENE.—Oh, sí, madame! Me esperan demain a Barselona... Allons-nous, don Albertó? (*A Cristóbal, despidiéndose.*) Monsieur Cristobitá... (*A Pepita, besándole la mano.*) Madame Jimenés... (*Ante una idea repentina.*) Nous parlerons del nombre. Impossible ser madame Jimenés al sinema!

VILLARES.—¿Cómo que no? ¿Hay nada más español, ni más castizo? ¡Pepita Jiménez! ¡Viva Córdoba!

RENE.—Impossible, impossible... Jimenés nada dise a la pantalla. Nous parlerons... A tout á l'heure, madame... (*A Villares, que está despidiéndose.*) Dépéchez-vous, don Albertó!

VILLARES.—¡Vamos, vamos! (*A Pepita y Cristóbal.*) ¡Es un torbellino! Me aturde, me arrastra... Repito la enhorabuena...

CRISTOBAL.—Salgo con ustedes. (*Se van por el foro Cristóbal, Villares y René Lacy. Pepita los despide desde la puerta.*)

PEPITA.—Hasta ahora, señor Lacy. Muchísimas gracias, señor Villares. Conste que estoy encantada... (*Apenas se han ido los tres hombres, irrumpen en escena DOÑA JESUSA, por el primer término izquierda, y CRUZ, por el segundo.*)

JESUSA.—(*Abrazando a Pepita y besándola ruidosamente.*) ¡Hija de mi corazón! ¡Si tenía que llegar!...

CRUZ.—(*Muy contenta.*) ¡Por muchos años, señorita! ¡Ahí es nada, a París!... ¿Va usté a llevarme?

PEPITA.—Pero, ¿estabais escuchando?

JESUSA.—¡No que no!... ¿Iba yo a quedarme sin saber a lo que venía Villares?

CRUZ.—Las buenas noticias, saberlas pronto.

JESUSA.—(*Volviendo a abrazar a Pepita.*) Ya estás en lo más espingorotado; como quien dice, en el copete. ¡Si tú eres muy grande, Pepita! ¡Si el que yo haya echado al mundo este fenómeno es milagro de Dios!

PEPITA.—(*Que no puede contener su júbilo.*) A mí me parece un sueño... ¡Haberme elegido entre todas para que sea yo la que alterne con las grandes estrellas!...

CRUZ.—(*Saltando de gozo.*) ¡Y ole! Como la Greta Garbo, y como la Mary "Pífor", y como la Bebé, y como la "Malena" esa. ¡Y al que le pique que se rasque! ¡Ay, señorita de mi alma, de que yo la vea a usté en la pantalla echándose así pa atrás, con un gesto muy lánguido, y mirar al que haga de novio poniendo los ojos hacia arriba, y alargar el morrito y soplarle un beso de cuarenta metros!... ¡Ay, señorita, que na más de pensarlo me entran un temblor y unas ganas de aplaudir!...

JESUSA.—¡Esto tenemos que celebrarlo!

CRUZ.—¡Eso! Con champán y toa la pesca, que ahí quedan dos botellas de cuando el beneficio.

PEPITA.—¡Bueno, bueno! Lo celebraremos, pero sin volvernos locas. (*Por el foro vuelve CRISTOBAL. Se detiene en la puerta, contempla el cuadro y dice.*)

CRISTOBAL.—¡Vaya, se reunió el cónclave! (*Avanzando.*) Y por lo visto con ganas de juerga.

JESUSA.—¡No, si vamos a estar de pompas fúnebres, como la cara que tú traes!

PEPITA.—(*Junto a Cristóbal, muy alegre.*) ¡Quia! Tobalín también está contentísimo...

JESUSA.—¡Podía no estarlo! (*A Cristóbal.*) Nunca bendecirás bastante la hora en que se casó contigo esta eminencia, que gra-

cias a ella vas a figurar en el mundo... ¡Ya se te acabó el sacar vasos de agua y el anunciar que han servido el almuerzo! ¡Para que no estés alegre!...

CRISTOBAL.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Y si no lo estuviera?

PEPITA.—¡Vamos!...

CRUZ.—(*Sulfurada y a media voz.*) ¡Jesús, qué hombre!

JESUSA.—¿Habrá zoquete?

PEPITA.—¿Por qué no, Cristobita?

CRISTOBAL.—No sé... A mí eso de la pantalla sigue pareciéndome cosas de "varietés"... Y me da rabia que dejes tus triunfos de aquí. Aunque te hagas célebre y millonaria, ¿no echarás de menos esto de ahora?... Piénsale bien, Pepita.

PEPITA.—¿Qué voy a pensar? Hasta hoy no te vi desconfiar de mis méritos, que yo no sé si los tengo o no; pero que tú proclamas antes que nadie. ¿Debo renunciar a lo que me ofrecen?

CRISTOBAL.—¿Qué te han ofrecido? ¡Dinero!

JESUSA.—¡Pues ya es bastante!

PEPITA.—Dinero... y todo lo que con él se consigue.

CRISTOBAL.—¡Ríete tú! Hay algo que no volverás a tener nunca: la pelea con el público, que va a verte "de uñas", y tú lo amansas poco a poco... (*Animándose a medida que habla.*) ¡Y los aplausos! ¿Vas a olvidarte de ellos?... No me digas que en el "cine" aplauden algunas veces... No es lo mismo. Tú no estás allí; está tu retrato, tu sombra... Te ovacionan en Filipinas... ¿Y qué? ¿Vas a ir a Filipinas a dar las gracias? Pues no yendo, ¿cómo has de oír los aplausos?... No es como en lo nuestro, en el teatro, que cada palmada la conquistas con tantas fatigas... ¡Así que no es grande, tú sola contra tanta gente, y ser tú la que ganes! Hay un señor al que se le ha agriado la cena y tiene una cara que pide a veces el bicarbonato. Pues tú le puedes, ¡y te aplaude!... Hay dos novios "de monos" en un palco, que en lo que menos piensan es en la comedia... Pues con un minuto que se fijen en ti, se olvidan de lo suyo, se entregan y... ¡te aplauden! Hay una pobre mamá muerta de sueño, dando cabezadas y pensando en lo que pondrá de almuerzo al otro día... Pues tú con un grito, o un suspiro, o una carcajada, la despabilas..., ¡y te aplaude! Y todos en la sala, cada cual con su preocupación, con su malhumor, con su pensamiento echado a volar... Y tú, frente a todos, dándoles la cara, los unes en el mismo entusiasmo hasta que rompen a aplaudir..., y ya no quieres otro premio que ese, que lo recibes con llanto y con risas. Tú no lo adviertes. Estás acostumbrada y

no le das importancia... Pero ya lo recordarás, porque eso lo tienes únicamente aquí, y no lo tendrás en ninguna otra parte, y vale más que toda la fama y todos los dineros del mundo... ¡A eso es a lo que renuncias!

PEPITA.—(*Conmovida, a pesar suyo.*) ¡Quien te oyera!... ¿Es que te empeñas en que desconfíe de mí misma y siga encerrada entre unos telones pintados, sin volar más alto? ¡Nunca me hablaste así!

JESUSA.—(*Con mucha irritación.*) ¡Como que nunca le dieron un papel tan largo! ¡Ni que fuera Borrás!... (*A Pepita.*) ¡No seas tonta, hija! ¿Vas a dejarte convencer?

CRISTOBAL.—¡No, si soy yo el convencido!... ¿No dije que nos íbamos puesto que era tu gusto? Pues... ¡a hacer las maletas! "¡Alón, mesié, que sale el tren!"... (*A Pepita con su humildad de siempre.*) Perdóname si hablé demasiado. A veces me dan estos arrebatos... Pero tú no te preocupes. Donde quiera que vaya triunfará Pepita Jiménez, ¡y esto es lo importante! (*Suena dentro un timbre.*)

JESUSA.—(*A Cruz.*) Tú, que llaman; anda a abrir. (*Cruz se va por el foro.*) ¿Quién será?

PEPITA.—El francés, de seguro.

CRISTOBAL.—Le urge traernos la "pasta", no sea que nos arrepintamos.

JESUSA.—¡No lo quiera Dios, que ya me disteis el susto!... Os dejo con "musiú". (*A Pepita, a media voz.*) A coger el dinero..., y mucho ojo, no le entre al zanguango de tu marido otro arrechucho. (*Se va por la izquierda, primer término.*)

CRISTOBAL.—(*Que se ha acercado a la puerta del foro.*) Sí; es él. Aquí viene. (*Por el foro entra RENE LACY, acompañado de CRUZ, que le cede el paso y se retira.*)

RENE.—(*Al entrar.*) Llego a punto, ¿no? (*Saluda.*) Y contento, todo contento... Monsieur Villarés ha tenido una gran idea... ¡El nombre! ¡Une trouvaille!

CRISTOBAL.—¿Cómo?...

PEPITA.—¿Qué nombre?

RENE.—Este de usted... El "sobriquet"... ¿No comprende?... ¿Cómo diríamos?... El nombre por el arte... ¡Fuera madame Jimenés!

CRISTOBAL.—¡Acabáramos!... (*Rezongando en voz baja.*) ¡Pero qué empeño tiene este tío en cambiarle la cédula!

RENE.—Sí, sí... Fuera Jimenés, mas siempre un poquito de Jimenés, para no estar con disgustos, madame. (*A Pepita.*) Usted será

Jimená, que suena más presioso... Y el apellido, algo de la grande España... ¡El Sid! ¡Superbe español glorioso! ¡Jimená del Sid!

PEPITA.—(*Sorprendida, a Cristóbal.*) Oye, oye, Jimena del Cid... Mira, no está mal.

CRISTOBAL.—¡Eso es un pueblo!

PEPITA.—Pues me gusta... ¡Jimena del Cid! ¡Vaya que sí me gusta!

RENE.—Grande asierto de monsieur Villarés, n'est pas? Nombre magnifique pour les affiches. Yo soy alegre de tenerlo

CRISTOBAL.—(*Tímido.*) Oigame, señor Lacy... Digo yo que a mí, para ser silueta parlante, no habrá que mudarme el nombrecito. Porque yo, la verdad, con mi Cristóbal Tajuelo me acomodo muy bien. Y si ahora me ponen Motilla del Palancar o así...

RENE.—Mais non..., mais non... Usted no importa... Era sólo madame... Conforme, pues... ahora resta lo importante: el antisipó. Yo he estado al Credit. Traje pesetas, ¿no? ¡Voilá! (*Saca de la cartera un fajo de billetes.*) Veinta mil francos... Al cambio de caranta siete... Fasil operasión, ¿no?... Nueve mil quatre... quatre... quatre sientos pesetas. (*Dando los billetes a Cristóbal.*) Usted contará, s'il vous plait.

CRISTOBAL.—(*Hojeando los billetes, pero sin contarlos.*) No hace falta.

RENE.—Y el resibó... (*Sacándolo de la cartera.*) Ya redactado, vea... (*Leyendo.*) "Resibimos de monsiur René Lacy la cantidad de francos veinta mil, como antisipó y garantía del contrato a firmar"... (*Sigue leyendo en voz baja al par que Cristóbal, que dice.*)

CRISTOBAL.—Escribe usted el español mucho mejor que lo habla, monsieur.

RENE.—(*Modesto.*) ¡Oh, no! Obra de don Albertó... Mas yo también escribiré, y yo parlaré igual como Servantés... Ça va sans dire! (*Volviendo al recibo.*) La date; la fecha, n'est pas? (*Ofreciendo su estilográfica a Pepita.*) Et la signature (*Ademán de firmar*), si le parese...

PEPITA.—(*Sentada ante una mesa.*) Sí, señor... ¿Dónde?... ¿Aquí? (*Firma nerviosamente el recibo.*) ¡Estoy tan nerviosa!... ¡Ya!

RENE.—Mersi bien. (*Dando la pluma a Cristóbal.*) Monsieur...

CRISTOBAL.—Voy. (*Se sienta a su vez.*) Debajo de Pepita, claro... (*Va a firmar, vacila un momento, y al fin lo hace con desgana.*) ¡Despachados!

RENE.—Je vous en remercie... Nada resta ya... Soy muy felís de

haber finido la cuestión. Al retorno de Barselona tendré los contratos a signer... Mas esto no es de urgensia, n'est pas? Je reviendrai... (*Despidiéndose.*) Monsieur... au plaisir... Madame... (*Recordando un detalle imprevisto.*) ¡Oh! Algo quedaba que desirles... Poca importansia... Madame es brune... Avez-vous compris? Brune... Comment se dit?... Moguena, como Carmen... Moguena, ¡ole la sigarrera!, ¿no?... Mas a la pantalla se prefieren blondes..., c'est a dire, rubias... Cosa fasil. A los estudios hay grandes maquilleurs...

PEPITA.—¿Rubia yo?

CRISTOFAL.—Pero, oiga usted..., ¿también le van a cambiar el pelo?

RENE.—¡Bah!... Ninguna dificultad. El maquilleur lo hará bien... Nueva bellesa, nueva figura... Adelgasar... Un poquito de ligne... Tipo moderno de "girl", n'est pas?

CRISTOBAL.—¡Yo que sé si es pa! ¡Lo que sé es que la Giralda nunca ha sido rubia!

RENE.—Madame será irresistible... Pardón... Je suis pressé... (*Despidiéndose de nuevo.*) Madame... Monsieur... (*Inicia el mutis hacia el foro.*)

PEPITA.—(*A Cristóbal.*) ¿Le acompañas?

RENE.—No, no; yo sé marchar... Bonjour... (*Se inclina, ya en la puerta, y se va seguido de Cristóbal. Hay una pausa. Cristóbal vuelve por el foro con aire mustio y melancólico. Pepita le dice.*)

PEPITA.—Chico, hemos quedado muy mal. Debimos ofrecerle algo, un aperitivo, un refresco...

CRISTOBAL.—¡Que refresque él con los cuarenta duros que nos sisa!

PEPITA.—¿Qué dices?

CRISTOBAL.—Que nos ha sisado cuarenta duros, ¿no lo oyes? Pone el franco a cuarenta y siete, y está a cuarenta y ocho. Se gana doscientas pesetas limpias en el cambio.

PEPITA.—(*Riendo.*) ¡Cualquiera se la da!... Pero, ¿qué importa?... (*Cogiendo los billetes, que quedaron sobre la mesa, y dejándolos caer de nuevo, en gracioso revoloteo.*) ¡Mira, Cristobita! Los billetes... Son nuestros..., ¡nuestros! ¿No te alegras?

CRISTOBAL.—Sí, mujer. ¡Muchísimo! ¡Nuestros los billetes!... O más bien tuyos: de Pepita Jiménez. (*Rectificándose e imitando a René Lacy.*) Es decir: ¡de "Jimená del Sid"!

PEPITA.—¡Tiene gracia el nombre! (*En un arrebato de entusiasmo.*) ¡Jimena del Cid, triunfadora en Francia, en América, en el mundo entero!...

CRISTOBAL.—(*Con mucha melancolía.*) ¡Ay, "Jimená del Sid"!...

PEPITA.—(*Llegando hasta él.*) ¿Qué te pasa? ¿Vas a volver a enfurruñarte?... ¡No seas de ese modo, Tobalín! ¡No vengas a afligirme, cuando estoy tan contenta!... (*Advirtiendo que Cristóbal, abrazado a ella, la contempla casi llorando.*) ¿Qué es lo que miras?

CRISTOBAL.—Te miro a ti: a Pepita Jiménez, morena, garbosa, pinturera..., ¡española! ¡¡Y no te veo rubia!!

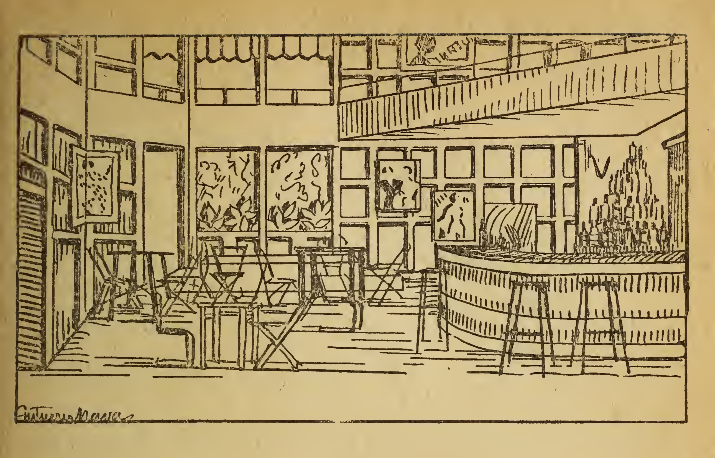
PEPITA.—(*Riendo.*) ¡Anda, Cristobita!

CRISTOBAL.—¡Que no te veo!... ¡Y lo malo es que tendré que verte!... Y te veré también retratado en "La Voz" con un "maillot" muy corto y tumbada en la arena... ¡Maldita sea! ¡Cuánto mejor no estás ahora!... Pero no puede ser... Ya has oído a ese hombre. (*Volviendo a imitar a René Lacy.*) "¡Imposible, madam Jimenés!... ¡Fuera Jimenés!... ¡Ole la sigarrera..., y abajo las moguenas!"... Yo te quería así, como te quise siempre, Pepita guapa... Pero tú vas a la pantalla..., ¡y en la pantalla las prefieren rubias!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO



Restaurante y bar americano de los Estudios de "Lutetiae Films", instalados en Saint-Cloud, cerca de París. Un local amplio y lleno de luz. Al foro y a la derecha, puertas y grandes ventanales que dan a unos vastos jardines. A la izquierda, en primer término, mostrador del bar y anaquelería con botellas de diversos licores y todos los aparatos necesarios para que el "barman" se luzca, amén de las ya clásicas banderitas de todas las naciones. En el segundo término de la izquierda, puerta que lleva a la cocina. El local está dispuesto moderna y caprichosamente, muy "a lo cinema", y el principal elemento decorativo de las paredes lo constituyen carteles de películas y grandes retratos en colores de "estrellas" de la pantalla, pegados a los muros sin ninguna simetría en una especie de original mesa revuelta. Mesitas y butacas de tubos de acero. Sobre las mesitas, manteles de varios colores, lamparitas caprichosas, floreros, etc. Ante el mostrador del bar, las acostumbradas banquetas altas. La acción se desarrolla al mediar una mañana del mes de junio.

(Cuando se levanta el telón, el bar está lleno de gente. En una de las mesas del primer término se hallan GRACIELLA DEL MAR, "vedette" española, morena y "fatal", que, pese a todos los fatalismos, hace ganchillo como cualquier burguesita laboriosa; PEDRO OSUNA, jefe de la propaganda española de los Estudios, y DON

ALBERTO VILLARES, el comediógrafo al que ya conocemos. Los tres toman aperitivos. En otra mesa, también primer término, DOÑA JESUSA y CRUZ, la primera leyendo un número de "Heraldo de Madrid" y la segunda escuchando atentamente la lectura. Sentadas ante el mostrador, LIANNE, "vedette" francesa; MARY, inglesa, y ELSA, alemana, toman "cock-tails". Las tres visten trajes de "soirée", exactamente iguales de color y de forma; las tres van primorosamente peinadas, y las tres son esbeltas, finas y rubias, con ese "rubio platino" que el "cinema" ha puesto en boga. Detrás del mostrador, EL BARMAN prepara sus bebidas. En las mesas situadas al fondo se agrupan los comparsas, hombres y mujeres, vestidos como para un baile de disfraces; entre ellos figura LA ZULOAGA, una especie de maja española vestida al gusto francés, con mantilla blanca, chaqueta corta, falda de volantes y claveles en todas partes. Para completar la perfecta visión de la "españolada", la Zuloaga lleva, sujeta en la liga derecha, una castiza navaja, en cuyo mango se le enganchan los volantes de la falda. Los demás comparsas vestidos a capricho del director de escena, siempre que los trajes sean vistosos y de armónico colorido. Puede haber un toreador, *también de "españolada", con el estoque metido en la faja y una montera absurda; un fraile, un soldado napoleónico, unos aldeanos rusos, una dama veneciana, etc. En este grupo de los comparsas, gran guirigay de risas y frases sueltas en diversos idiomas. Dos camareros, PELAEZ, español, y HENRY, francés, van de las mesas al mostrador atendiendo al servicio.*)

LA ZULOAGA.—(*Palmoteando.*) ¡Garçon!

PELAEZ.—(*Acudiendo.*) ¡Va!

UN COMPARSA.—(*Llamando a voces.*) Henry! De la biére!

HENRY.—Tout de suite, monsieur.

CRUZ.—(*A doña Jesusa.*) ¿Cómo dice?... (*Mirando con enojo a los comparsas.*) ¡Es que arman un barullo que parece el Congreso!...

JESUSA.—¡Ya, ya!... Está muy bien este "Se dice" del "Heraldo". (*Leyendo.*) "Que la insigne Pepita Jiménez, convertida ahora en Jimena del Cid, se dispone en Saint-Cloud a conquistar a todos los franceses."

CRUZ.—¡Mi madre, cuando lo lea don Cristobita!...

JESUSA.—¡Calla, boba, que es figurado! (*Sigue leyendo.*) "Que Chevalier empieza a hacerle guiños."

CRUZ.—(*Intrigadísima.*) Oiga, ¿y eso es verdá? (*Siguen hablando.*)

MARY.—(*A Lianne, en un francés muy trabajoso.*) Vous étes beau-

tiful, my dear. (*Pronúnciese*: *"Vu set biútiful, ma dia." Quiere decir*: *"Está usted bellísima, querida."*)

LIANNE.—(*A Mary.*) Je ne vous comprend pas. Parlez-moi trés doucement, je vous prie.

MARY.—(*Sonriendo.*) My dear... Beautiful... (*Pronúnciese*: *"Mai día... Biútiful."*)

LIANNE.—Impossible! (*Al "barman".*) Qué dit-elle?

BARMAN.—(*Que mezcla los idiomas como los licores..., y que es español de cepa.*) Que es usted biútiful... Tre cholí...

LIANNE.—(*A Mary.*) Oh! Merci bien, mademoiselle.

ELSA.—Biútiful... Tre cholí... (*Al "barman", en alemán.*) Ich habe es nicht gut verstanden. (*Pronúnciese*: *"Ij jabe es nijt gut ferstanden." Quiere decir*: *"No he comprendido bien."*)

BARMAN.—A esta alemana no hay quien la entienda. (*Hace guiños a Elsa para indicarle que no se entera.*)

ZULOAGA.—(*Palmoteando otra vez.*) Garçon!...

PELAEZ.—(*Acudiendo.*) Qui est ce qui frappe?

ZULOAGA.—Un verre de l'eau.

PELAEZ.—¿Más agua?... La "Zuloaga" esta ha comido mojama... (*Peláez va al mostrador y llena un vaso de agua en el grifo.*)

ELSA.—(*En alemán, a Lianne y Mary.*) Ich empfinde starke Nierenschmerzen. (*Pronúnciese*: *"Ij empfinde starke nirenschmertsen." Quiere decir*: *"Siento en los riñones un dolor muy fuerte." Lianne y Mary la miran con asombro y no saben qué contestar. El "barman" se hace el distraído manejando sus "coteleras".*)

PELAEZ.—(*Sirviendo el agua a "la Zuloaga".*) Ahí va; fresquita, de la fuente del Berro.

ZULOAGA.—(*Sin comprender.*) Comment?

PELAEZ.—Que este agua es de lo más castizo.

ZULOAGA.—(*Con muchísima "asaúra".*) Castisó, oui... ¡Viva tu cuerrrpo!

PELAEZ.—(*Mirándola con sorna.*) ¡No tienes tú guasa ni na!... (*Se va a la cocina.*)

VILLARES.—(*A "Graciella".*) Mucho te enfadas, Millancita.

GRACIELLA.—No me llame así, don Alberto. Aquí hay que darme el nombre que me han puesto: "Graciella del Mar".

OSUNA.—Ahora, no; ahora estamos en confianza, "Graciella".

GRACIELLA.—¿Lo ve usted?... Mucha confianza; pero usted nunca me dice Engracia, que es como me llamo en cristiano.

VILLARES.—(*Riendo.*) ¡Bien contestado!

OSUNA.—Hombre, yo tengo que dar ejemplo... (*Siguen hablando.*)

CRUZ.—(*A doña Jesusa.*) ¿Se ha fijao usté lo entusiasmao que está don Alberto con la Millán?

JESUSA.—Déjale, que va listo con esa pájara. Desde que la han hecho "mujer fatal" no hace más que pedir bebidas de colorines, que cuestan un sentido.

CRUZ.—A propósito de pedir... Yo estoy desmayadita...

GRACIELLA.—(*A Osuna.*) ¿Trabaja esta noche la Jiménez?... Digo, la Jimena, porque también a ella le han colgado el mote.

OSUNA.—Sí; Pepita y su marido actuarán ahora en las escenas de la versión española.

GRACIELLA.—A ver cómo resultan... Ella ha perdido mucho con el régimen y el tinte del pelo. Cada vez estoy yo más contenta de que me hayan dejado "al natural".

VILLARES.—(*Bromista.*) Porque tú eres vampiresa, Millancita.

GRACIELLA.—¡A ver!... Tan vampiresa, que me tiembla la aguja del ganchillo... ¿Quién me lo iba a decir haciendo ingenuas en el María Isabel? (*Siguen hablando.*)

JESUSA.—(*A Cruz.*) Bueno, sí, mujer, que cuando te entran las prisas... (*Palmoteando con mucho brío.*) ¡Mozo! ¡Peláez!...

GRACIELLA.—(*Mirando de reojo a doña Jesusa.*) ¡Qué atrocidad!...

VILLARES.—(*A media voz.*) Es magnífica la madre de Pepita... (*Henry, el camarero francés, se ha acercado a la mesa de Cruz y doña Jesusa y dice a ésta.*)

HENRY.—A votre disposition, madame. Qué voulez-vous prendre?

JESUSA.—¡Vaya, el de París! (*A Henry.*) ¿No está por ahí Peláez?

HENRY.—(*Sin comprender.*) Comment?

JESUSA.—(*Marcando mucho la pronunciación.*) Peláez, hombre, Peláez. El que nos entiende... El otro camarero... (*Y hace ademán de limpiar y servir la mesa.*)

HENRY.—(*Creyendo que le preguntan lo que puede tomarse.*) Oui, madame. Il y a de la biére, de la limonade, du chocolat, de l'orange, du café noir, du café créme, du the, du rhum, du pain grillé...

CRUZ.—¡Huy, qué letanía!

JESUSA.—¡Ya estamos listas! (*A Henry, hablándole muy despacio... y segura de que él no se entera.*) Lo que queremos, pedazo de adoquín, cara de tonto, que estoy ya de franchutes hasta la coronilla... (*Y así le sigue hablando. Por el foro ha llegado BARTOLO, conserje o portero de los estudios, vestido de uniforme. Es un hombrecillo vivaracho y simpático. Se detiene en la puerta y grita desde allí, en un batiburrillo francoespañol:*)

BARTOLO.—Allons!... Film "Flor de montañá"... Versión alle-

mande... Vedette allemande... Allons! Siluetás parlantes... Extras. Scenes diz-sept, caranta y dos, quatre-vingt-dix, siento vings y un. quatresientos soixant-dix-trois... Tout le monde sur le plateau! On tourne! (*Al oír la llamada de Bartolo, todos los comparsas dejan sus mesas pagan a los camareros y van marchándose por el foro y el lateral derecha. Elsa también abandona su asiento del mostrador.*)

UN COMPARSA.—Es que no descansa uno...

ZULOAGA.—Mais, quand finissons-nous?

UN COMPARSA.—(*A un camarero.*) Vite, garçon!

ELSA.—(*Al irse, a las otras "vedettes".*) Welch ein Ekel. Guten Abend. (*Pronúnciese: "Velj ain ékel. Guten ábend." Quiere decir: ¡Qué ¡astidio! Buenas noches."*)

LIANNE.—Bon soir, mademoiselle. (*Se va Elsa por el foro. También se han ido ya los comparsas. La última en salir es la Zuloaga, que se marcha contoneándose con poquísimo garbo, y que está la pobre para que la maten. Entre tanto, Henry, sin poderse hacer entender de doña Jesusa ni Cruz, ha ido a la cocina y ha vuelto a escena para ofrecer a las dos mujeres una lista impresa de cuanto se sirve en el establecimiento..., con lo cual tampoco logra resolver el conflicto.*)

ZULOAGA.—(*Al hacer el mutis.*) Allons-nous a la Giraldá... (*Se va.*)

VILLARES.—(*A Osuna, viendo salir a "la Zuloaga".*) Pero..., ¿de dónde ha salido ese espantajo?

OSUNA.—¿No se la presentaron? Aquí la llamamos "la Zuloaga". Presume de española..., y es flamenca.

GRACIELLA.—¿Flamenco semejante tipo? ¡Quite usted, por Dios!

OSUNA.—Quiero decir de Flandes.

VILLARES.—¡Ya! ¡Algo mantecosa!... ¿Y es también "vedette"?

OSUNA.—Figuranta, y gracias.

VILLARES.—Pues la han arrancado de una caja de pasas. ¡Valiente visión! Con la navajita en la liga y todo, ¿eh?... Desde luego, trabajará en lo mío. ¡Vamos a lucirnos! Ya estoy deseando ver el bodrio que habrán hecho con mi argumento. Y sigo sin explicarme por qué en vez del título "A la sombra de la Giralda" le han puesto esa cursilería de "Flor de montaña".

OSUNA.—Porque se adapta mejor a los cuatro idiomas. Aparte de que la Giralda recuerda demasiado a España..., y la película se hace en Francia.

VILLARES.—¡No me diga usted más, querido Osuna! (*Bartolo se*

ha acercado al mostrador y habla con Lianne, Mary y el "Barman".)

JESUSA.—(*Desistiendo de hacerse entender de Henry y rechazando la lista que éste trajo.*) ¡Ni a cucharadas, hijo!

HENRY.—(*Sudando tinta.*) Pas possible, madame.

JESUSA.—¡Y tanto!... (*Viendo a PELAEZ salir de la cocina.*) ¡Hombre, Peláez, gracias a Dios! Venga usted aquí...

PELAEZ.—¡Va! (*Peláez se acerca a la mesa de doña Jesusa y Cruz y cambia algunas palabras con ella y con Henry. Este, encogiéndose de hombros, se retira y se va al jardín. En el mostrador, Bartolo habla con Mary empleando la jerigonza habitual en él.*)

BARTOLO.—Miss Mery Brian ella est guapísima, trés charmante, et jeune comme una píccola fanciulla. ¿Comprende usted? (*Mary se encoge de hombros, y Lianne ríe alegre.*)

MARY.—(*A Lianne.*) ¿Qué?

LIANNE.—(*A Mary, por Bartolo.*) Il a dit una grosse bétise.

BARMAN.—Como que el Bartolo este arma una ensalada de palabras que nadie se entera. (*Sigue la charla.*)

CRUZ.—(*A Peláez.*) Bueno; pero yo ¿cómo pido un "changüis" de jamón?

PELÁEZ.—Pues así, mujer: un "changüis"... ¡Si es muy fácil! ¡Si casi todo se pide igual!... ¿Café? ¡Café! ¿Té? ¡Té! ¿Un flan? ¡Un flan! ¿Coñac? ¡Coñac! ¿Melón? ¡Melón!...

CRUZ.—¡Qué gracia! Entonces, ¿cómo no hay aquí manera de entenderse?

JESUSA.—(*A Peláez.*) En fin, tráiganos dos bocadillos..., y usted sabrá cómo se los encarga al cocinero.

PELÁEZ.—Al momento. (*Se va a la cocina, por la izquierda.*)

LIANNE.—(*A Mary.*) Allons-nous?

MARY.—Very well. (Pronúnciese *Veri uel.*) (*Las dos "vedetes" pagan al "barman" y se van por el foro. Bartolo las saluda muy ceremonioso.*)

BARMAN.—(*A Bartolo.*) La inglesita es canela.

BARTOLO.—Canelá... Oui... Qué est ce canelá?

BARMAN.—¡Para el arroz con leche, pasmao! (*Por el foro llega CRISTOBAL, vestido de frac, sudoroso y con el rostro muy maquillado. Va a la mesa en que están Doña Jesusa y Cruz y se sienta, dando muestras de gran cansancio.*)

CRISTOBAL.—¡Ay, ya iba siendo hora!...

JESUSA.—¡Hombre, Cristobita!... ¿Has concluído?

CRISTOBAL.—Todavía me queda una escena; pero me han dicho

que descanse un poco... (*Abanicándose con el pañuelo.*) ¡Falta me hace!... ¡Qué noche me están dando!...

CRUZ.—¡Suda usté como un pollo!

CRISTOBAL.—¡Como lo que soy!... Y sin poder secarme, para que no se borre tanta pintura como me han dado... ¡Estoy divertido!

JESUSA.—¿Y Pepita?

CRISTOBAL.—No lo sé; no la han llamado aún.

CRUZ.—¡Esa sí que estará, con sus nervios!... Y que yo no oigo hablar más que de la "Jimená del Sid"... (*Villares ha visto a Cristóbal, y abandonando la mesa de "Graciella" se acerca a él para decirle.*)

VILLARES.—Hola, Tajuelo ¿Te han mareado mucho?

CRISTOBAL.—Bastante, don Alberto. Sobre todo en la primera escena. La hemos repetido cinco veces...

VILLARES.—¡Caramba!... ¿Es tan difícil?

CRISTOBAL.—No; difícil, no... Yo soy uno de los invitados. Veo pasar a una mujer disfrazada de gitana y la piropeo.

VILLARES.—¿Qué vas a contarme, si lo he escrito yo? Y, la verdad, no creo que decir un piropo sea un arco de iglesia

CRISTOBAL.—La situación, no; pero ¿y la frase, don Alberto?... Es que hay que largar de carrerilla: "¡Oh, que ella es bonita esta andaluza flor de Barcelona!"

VILLARES.—(*Espantado.*) ¿Cómo?

JESUSA.—¡Ave María Purísima! (*Peláez llega con los bocadillos. Los deja sobre la mesa, coge el dinero con que le paga doña Jesusa y se va al mostrador con Bartolo y el "barman". Doña Jesusa y Cruz empiezan a comer.*)

VILLARES.—(*A Cristóbal, indignado.*) ¡Yo no he escrito eso!

CRISTOBAL.—¡Ya me extrañaba a mí! Por eso yo sostenía que aquello no era español, y que no debía decirlo. Pero el señor Lacy se empeñó en no cambiar ni una sílaba, porque asegura que el español del cinema es distinto del que se habla en España.

CRUZ.—¿Habrá tío chalao?...

VILLARES.—¡Qué atrocidad!... El me dijo que algo habría que arreglar en el texto; pero ¿cómo iba yo a imaginarme que ese botarate...? En fin, ¿y la otra escena?

CRISTOBAL.—Ahí no hubo tropiezo. Cruzar el jardín corriendo y gritar, lleno de pánico: "¡Fuego! ¡Fuego!" No crea usted, que temí que me obligasen a decir: "¡La casa ella está toda puesta en llamas! ¡Oh, qué horror!"

VILLARES.—No se le habrá ocurrido a Lacy. ¡Bien vamos a hacer el ridículo!... ¿Y qué te han dicho de tu trabajo?

CRISTOBAL.—Nada. ¿Qué iban a decirme? Sin embargo, yo creo que no están disgustados.

VILLARES.—¡Pues figúrate el éxito que va a tener Pepita! (*"Graciella" y Osuna, en su mesa, discuten vivamente, mientras Cristóbal y Villares van al mostrador para que el "barman" les sirvan refrescos.*)

GRACIELLA.—No, Osuna; eso no es lo convenido, y usted, como jefe de la propaganda española, debe ocuparse de ello. ¿Va a ser para la Jiménez toda la "reclame"? ¡Tendría gracia!... Retratos en las revistas, interviús, telegramas, "Se dices" en el *Heraldo*... ¡Hombre, por Dios! ¡Que quede algo para los demás!

OSUNA.—Le aseguro a usted que la empresa no costea esa propaganda. Es cosa de los interesados.

GRACIELLA.—¿Usted qué va a decirme?... Pero a la vista salta que los mimos son para la actriz nueva, aunque las otras reventemos... (*Graciella y Osuna siguen discutiendo. El "barman" sirve a Cristóbal y Villares. Peláez se ha ido a la cocina. Bartolo se marcha por el foro, saludando a Villares con una inclinación de cabeza.*)

VILLARES.—(*Campechano, a Bartolo.*) ¡Vaya usted con Dios!

BARTOLO.—(*A Villares.*) Bonsoir, monsieur. (*Se van.*)

JESUSA.—Oiga usted, señor Villares: ¿quién es ese hombre? Yo le conozco y no sé de qué.

VILLARES.—¿No lo recuerda? ¡El famoso "Bartolo"! ¡El tío que más ha hecho reír en el "cine" mudo!

JESUSA.—¡Acabáramos! ¡Ya decía yo!

CRUZ.—(*Asombrada.*) ¿Que ese es "Bartolo"? ¿Tan "esmirriao" y tan poquita cosa?

CRISTOBAL.—¡Atiza! ¡Si me he tronchado yo con él a carcajadas! ¿No es el de "La caza de la peluca"? ¿Y el de "Bartolo carbonero", que se escondía en un vagón de carbón de piedra y lo echaban a la bodega de un barco, y luego lo cogían con una pala y lo tiraban a la caldera, y él salía de "naja" por la chimenea?... ¡Qué gracia tenía! ¡Ay, "Bartolo"! ¡Es increíble! Un artista famoso, un "as" de la pantalla, convertido en portero.

VILLARES.—Es increíble...; pero es. "Bartolo" portero. Parece el título de una de sus películas, ¿verdad? Fracasó en el sonoro; le falló la voz..., y ahí le tienes, oscurecido y ganándose el pan malamente. ¡Así acaba una gloria del "cine"! Y como ésa, tantas otras. "Tontolín" está de ordenanza en Joinvill. A "Simplicio" lo tenéis de encargado en los lavabos... Los mata el micrófono. Pasan, se agotan, se olvidan...

CRISTOBAL.—¡Y que le hablen a "Bartolo" del Arte universal! (*Cristóbal se queda un poco triste. Hay una brevísima pausa, y llega*

por la derecha PEPITA JIMENEZ, a la que acompaña DEMETRIO PAULIEFF. Se observa en nuestra heroína un profundo cambio. Más esbelta, más fina de líneas, sin el lunar de la barbilla, con alguna modificación en el perfil del rostro y, sobre todo, con la total transformación del cabello, que de negro y rizoso se convirtió en "rubio-platino", aplastado en suaves ondas sobre las sienes. Viste un elegantísimo traje de noche. Cuando Pepita sale, Demetrio Paulieff, sin interrumpirle el paso, viene dándole los últimos toques al "maquillage". Demetrio, un artista ruso, "maquilleur" de los estudios, viste una bata blanca, de peluquero, y lleva una cajita de madera con borla de polvos, barras y lápices de colores, etc. El artista que desempeñe este papel en ningún momento deberá afeminarlo, sino todo lo contrario: tiene que dar la sensación de un tipo varonil y simpático.)

JESUSA.—(*Saliendo al encuentro de Pepita.*) ¡Hija! ¡Preciosa! (*La besa ruidosamente.*)

CRUZ.—(*Maravillada.*) ¡Ay, señorita, qué elegancia!

PEPITA.—¡Ea, ya estoy! ¿Qué les parezco?

JESUSA.—(*Volviendo a besarla.*) ¡Otra! ¡Lo que se dice otra!

CRISTOBAL.—¡Y tanto que es otra! (*A Villares, suspirando.*) ¡Esta no es mi mujer, don Alberto! ¡Si hasta la nariz se la han reformado!... ¿No tiene narices?

VILLARES.—¡Calla, zángano, que es un cromo! (*A Pepita.*) ¡Viva Jimena del Cid! Está usted para una portada del "Vogue".

JESUSA.—¿Verdad que sí? (*Doña Jesusa pretende besar de nuevo a Pepita, y lo impide Demetrio, que da polvos a Pepita y le retoca los labios con un lápiz.*)

DEMETRIO.—Pardón, madame... C'est impossible. Le maquillage s'en gate...

JESUSA.—(*Sobrecogida por el tono bronco y enérgico del ruso.*) ¿Qué burrada habrá dicho este señor?

VILLARES.—(*A Pepita.*) Y ahora a triunfar, ¿no?

PEPITA.—¡Ojalá! ¡Tengo un miedo!...

VILLARES.—¿Miedo por qué, si aquí no hay reventadores?

DEMETRIO.—(*A Pepita, retocándola las cejas con otro lápiz.*) Permettez-moi, madame.

PEPITA.—(*A Demetrio, cuando éste empieza su labor.*) ¿Otra vez? (*A los demás.*) ¡Me tiene azoradísima!

CRUZ.—¡Como que hay que ver qué ayuda de cámara! Y yo cruzadita de brazos.

PEPITA.—(*A Cristóbal, muy cariñosa, pero hablando con dificultad y sin poderse mover porque Paulieff sigue maquillándola.*) Bueno, Tobalín, que no te he preguntado: ¿hiciste lo tuyo? ¿Bien?

(*Cristóbal se encoge de hombros.*) ¡Bah!... Ya salió don Modesto! Seguramente te habrás lucido.

VILLARES.—Creo que ha echado un piropo a una gitana, que en Madrid va a ser un escándalo.

PEPITA.—¡Mira qué granuja! ¡Ay, tú ya saliste del apuro! Ahora voy yo. ¡Dios quiera darme suerte!

JESUSA.—¿Pues no ha de dártela? Con tantísimas tablas como tienes, ¿vas a asustarte de una paparrucha de película?

VILLARES.—(*Protestando.*) ¡Señora, que es mía! (*"Graciella" y Osuna se acercan al grupo.*)

GRACIELLA.—Pepita, mujer, ¿puedo saludarte?

PEPITA.—(*Estrechándole la mano, aunque procurando no cambiar de postura, para no interrumpir la labor de Paulieff.*) ¡Chica, Engracia!... Ni siquiera te había visto... Estoy como aturdida. (*A Osuna, saludándole.*) ¿Qué tal, Osuna?

OSUNA.—Admirándola. ¿Muchos ánimos?

PEPITA.—¡Un pánico espantoso!

JESUSA.—¡Da grima oírte! (*A Cristóbal.*) Tú, Cristobita, dila algo y quítale ese miedo... ¡Que es tu mujer y esta noche os jugáis una carta muy seria!

CRISTOBAL.—¡Sí, mi mujer!... Una mujer que me la han vuelto rubia, me la han hecho adelgazar... y le han quitado aquel lunar de la barbilla que le hacía tanta gracia. (*Lo dice con un todo tan triste que todos se echan a reír.*)

VILLARES.—¡En eso del lunar sí que estamos conformes, Tajuelo! (*Por el foro llega, muy apresurado, RENE LACY, con pantalón bombacho, sin chaqueta y con la camisa arremangada hasta los codos. Apenas entra dice a Pepita*:)

RENE.—Allons vite, madame del Sid!... Demasiado tarde... Urgente de rodar... (*Palmoteando.*) ¡Allons!...

PEPITA.—¡Voy, voy!

DEMETRIO.—Atendez. (*Le da los últimos toques al rostro.*)

JESUSA.—(*A René.*) Diga, "musiú": ¿podemos verla nosotros?

CRUZ.—¡Ay, sí!

RENE.—¿Ustedes? (*Accediendo.*) Bien. Pero todos aparte, con gran silencio, n'est pas? (*A Pepita.*) Allons!... (*A Demetrio.*) Despechez-vous, monsiur Paulieff!

DEMETRIO.—¡Ya! (*A Pepita.*) Merci, bien, madame.

PEPITA.—(*A René.*) Cuando usted guste. (*A los demás.*) ¿Venís?

VLLARES.—¡Encantados!

OSUNA.—Vamos allá.

GRACIELLA.—(*A Pepita.*) Yo me quedo, por si me avisan para mi escena. Un gran éxito, Pepita...

PEPITA.—¡Dios te oiga! (*A Cristóbal.*) ¿Y tú?

CRISTOBAL.—No voy..., no me atrevo. Tengo demasiados nervios... Pero no te apures, Pepita guapa, que el triunfo es tuyo.

PEPITA.—¡Tobalín! (*Van a abrazarse y Demetrio se interpone, diciendo.*)

DEMETRIO.—No, no... Pardón, le maquillage...

CRISTOBAL.—(*Entre resignado y colérico.*) ¡Bueno! ¡Ya ni abrazarnos! (*Han salido por el foro doña Jesusa, Cruz, Villares, Osuna, René Lacy, Demetrio Paulieff y, por último, Pepita, que ya en la puerta envía a Cristóbal la última mirada y la última sonrisa. El "barman" se sienta a leer detrás del mostrador. Quedan solos "Graciella" y Cristóbal. Este va a la puerta del foro, mira desde allí a los otros personajes y dice, refiriéndose a su mujer.*) ¡Pobrecilla! Acertará... Tiene que acertar. (*Volviéndose a "Graciella".*) ¿No te parece a ti?

GRACIELLA.—(*Que se ha sentado ante una mesa y reanuda su labor de ganchillo.*) ¿Por qué no? ¿Tú desconfías, Tajuelo? Cálmate, hombre, que ya verás como todo sale bien y se logran tus sueños.

CRISTOBAL.—¿Los míos?... ¡Si por mí me es igual! ¿Qué más me da anunciar visitas en el escenario que piropear en la pantalla a una... andaluza de Barcelona? Es por ella, Millancita; por ella, que tiene la ilusión del "cine".

GRACIELLA.—Con esa ilusión venimos todos. Luego se nos va pasando. Y al final..., al final no se explica una por qué no se coge el tren y se vuelve a España.

CRISTOBAL.—¡Toma! ¡Por amor propio! ¿Cómo volver a los saloncillos y a las tertulias del Lyón d'Or sin demostrar antes que se les ha perdonado la vida a Chevalier y a la Greta Garbo?

GRACIELLA.—Algo hay de eso, no te creas.

CRISTOBAL.—Y se quedan aquí, desgastando tacones y viniendo a los Estudios para ver si los admiten de "extras". ¡Y pensar que allá abajo, cuando un autor les confiaba un papel de menos de seis pliegos se creían humillados en su categoría!

GRACIELLA.—(*Con tono protector.*) Hablas como un libro, Tajuelín. Por eso no me explico que hayáis abandonado el teatro. Tú no necesitabas hacer más célebre a tu compañera.

CRISTOBAL.—Pero ¿crees que es mi compañera, la que yo elegí, la que a mí me gustaba, esa que está "rodando" ahora? ¡De dónde va a ser mi compañera esta birria al platino que me han hecho en Saint-Cloud!

GRACIELLA.—¡Me dejas de un aire!... Yo te creía enamoradísimo de Pepita...

CRISTOBAL.—¿De Pepita? ¡Desde luego! Pepita Jiménez me tiene loco; pero la Jimena del Sid que han descubierto aquí, esa, la verdad..., me parece un canario desteñido. ¡Así se hincha de lechuga!

GRAÇIELLA.—(*Riendo*) Es que tú también eres de lo más fantástico... ¡Se te ocurren unas cosas!... ¿Qué más dará que tu mujer sea rubia o morena?

CRISTOBAL.—(*Mortificado.*) Eso lo dices porque no han tenido que retocarte. Cosa rara tratándose de ti...

GRACIELLA.—Ahí ves... Gracia que yo tengo. No van a tenerla únicamente las otras, que se creen "vedettes" exclusivas, y no hay reclamos ni "fotos" más que para ellas.

CRISTOBAL.—También a ti te publican retratos. Yo he visto uno tuyo en "Le Petit Journal".

GRACIELLA.—Sí; pero en la plana de anuncios y haciéndome declarar que me lavo con jabón de no sé qué marca. Bueno; me han mandado pastillas para tres años.

CRISTOBAL.—Eso sales ganando. No todas vienen a Francia a que les den jabón.

GRACIELLA.—(*Engallándose.*) Porque no todas lo merecen. No te creas tú que es tan fácil ser "mujer fatal". Lo que pasa es que yo no presumo. Pero mi puesto... ¡Ese no me lo quita nadie, Tajuelo!

CRISTOBAL.—(*Que sigue mortificado por el tono y el gesto de "Graciella".*) ¡Tenlo por seguro!... Y que tú eres fatal ya lo decía el público en Madrid... (*Por el foro llega DEMETRIO PAULIEFF, que se dirige a Cristóbal y le dice.*)

DEMETRIO.—Ça va bien, monsieur. Jimená del Sid est magnifique.

CRISTOBAL.—¿Cómo?... (*A "Graciella".*) ¿Qué dice?

GRACIELLA.—No lo entiendo bien; pero creo que ha dicho que tu mujer está colosal.

CRISTOBAL.—¡Ah! (*A Demetrio.*) ¡Mersí, mersí! (*A "Graciella".*) Oye, supongo que no lo dirá con segunda... ¡Como antes no me dejó abrazarla!...

DEMETRIO.—(*A Cristóbal.*) Ne parlez-vous le français?

CRISTOBAL.—(*Con un gran esfuerzo, y pronunciando las palabras tal y como se escriben.*) Un peu; mais... parléme vous en español, o no hay manera de comprenderle.

DEMETRIO.—Oui... Yo habla algo español, y algo inglés, y algo alemán...

CRISTOBAL.—(*A "Graciella".*) ¿Es el intérprete?

GRACIELLA.—¡No, hombre! Creí que le conocías... ¡Es Paulieff, el famoso actor ruso! Dicen que es un gran trágico, de lo mejor

del mundo... Pues ahora está de "maquilleur", pintándonos las cejas y los labios. Lo hace muy bien, no te creas.

CRISTOBAL.—(*Mirando a Demetrio con mucha curiosidad.*) ¡Caray!

DEMETRIO.—(*Advirtiendo que hablan de él.*) Vous etonnez-vous, monsieur? C'est la revolte... (*Rectificando, para que Cristóbal le entienda.*) La revolución... La Rusia en flambes, en fueco... Impossible vivir... Yo sólo mi arte. Mi arte no sirve. Nunca parlarán ruso al sinema... y el maquillage... Hase presiso comer.

GRACIELLA.—(*Compadecida.*) ¡Pobre! ¡Da lástima!

CRISTOBAL.—(*A Demetrio.*) ¿Por qué no retournez-vous a su país?...

DEMETRIO.—¡Inútil!

CRISTOBAL.—¿Se ha peleado usted con Stalin? ¿No es usted bolchevique?

DEMETRIO.—Sólo artista... Nunca política... Arte no más.

CRISTOBAL.—(*Esforzándose por que Demetrio le entienda.*) Pero en Rusia..., ahora..., protegen mucho el arte... ¿Comprendez-vous?

DEMETRIO.—Yo comprendo... Pero arte sin libertá... Arte de esclavitud... ¡Nunca eso! No aplaudir, no sentirse uno amo suyo, no tener el plaser de su voluntá propia... Yo no quiero. ¡Mejor el maquillage!

CRISTOBAL.—Es triste...

DEMETRIO.—Oui... ¿Qué haser? Habla tanta lengua, mas ninguna bien para el sinema... Y la femme, los pequeñitos... Ellos viven y yo contento. Mesdames son amables, y nunca falta a uno trabajo. Así, uno tranquilo... ¡Nunca Rusia!... ¡Nunca la patria para llevar cadenas y odiarla! De lejos uno ama la patria, llorando por ella...; más bien llorar y amarla lejos que estar allá para aborreserla.

CRISTOBAL.—(*Afligido.*) ¡Nos ha dado el vermú este Paulieff!...

GRACIELLA.—¡Lo de siempre! Te digo, Cristobita, que se ven aquí escenas como para salir huyendo esta misma noche.

CRISTOBAL.—¡Los triunfos del "cine"!... ¡La alegría del "cine"!... ¡Más alegre es esto que un velatorio! (*A Demetrio, queriendo echarlo a broma.*) No hay que apurarse, mon amí... Por si acaso, usted me va a dar lecciones de... (*Ademán de "maquillar" el rostro.*)

DEMETRIO.—(*Riendo amable.*) ¡Oh, no hase falta a usté!... Madame del Sid grande actris dramática... (*Llega CRUZ por el foro muy sofocada.*)

CRUZ.—(*Al entrar.*) ¡Me han echao! ¡No, si yo me lo estaba figurando!... Y lo malo es que han tenío razón.

CRISTOBAL.—(*A Cruz.*) ¿Qué pasa?

CRUZ.—¿No lo oye usté? ¡Que me han echao! ¡Que no puedo estar allí!

GRACIELLA.—¿Por qué?

CRUZ.—Porque no vale entusiasmarse... Dicen que es cine hablado y resulta más mudo que antes. No dejan pronunciar una palabra.

CRISTOBAL.—(*Impaciente.*) ¡Acaba ya! ¿Y Pepita? ¿Lo hace bien?

DEMETRIO.—C'est evident.

CRUZ.—¿La señora? ¡Echele usté guindas! ¡Borrás toas las estrellas!... Me despidieron porque no pude contenerme. Estaba doña Pepita con el galán, y él la decía: "¡Oh, que yo siempre te amo, palomita blanco!"... Conque ella, claro, al oír aquella cursilería, se echó así pa atrás, le miró como al desgaire y se sonrió de un modo que..., ¡vamos!, a mí se me fué el grito: "¡Huy tu madre, que no hay quien te mejore!"

GRACIELLA.—(*Riendo.*) ¡Andando!

CRISTOBAL.—¡Si tú eres muy chula!... ¡Te creías que estabas en el "cine" de la Encomienda!

CRUZ.—Dicen que se estropeó la cinta. ¡Me echaron un broncazo!... ¡Había que oír a "musiú" René! Yo no le entendí ni una sílaba; pero cómo se pondría que yo misma tuve que llamarle al orden y decirle: "Señor, ¿no hay aquí por todas partes carteles de "¡Silencio!" "¡Silencio!?" ¡Pa algo los han puesto! ¡Cállese usté ya!" Y me despidieron

CRISTOBAL.—Lo importante es que Pepita sirva.

CRUZ.—¿Servir? ¡Más que una, que lleva sirviendo desde que era niña!

GRACIELLA.—Va a haber que ir a verla. ¿Vienes, Cristobita?

CRISTOBAL.—No, no... Me da miedo... Además, me falta una escena... Ya me lo contaréis luego.

CRUZ.—(*A Graciella.*) Si va usté, cósase antes los labios, señorita Millán.

GRACIELLA.—Descuida. (*A Demetrio.*) Allons, Paulieff? (*Con cierta ironía.*) Veremos a ese fenómeno...

DEMETRIO.—Avec plaisir. C'est delicieux... (*A Cristóbal.*) Adieu, monsieur Tajuelo. (*Se van por el foro Graciella, que se lleva su bolsa de labor, y Demetrio Paulieff. Al verlos marchar, Cruz dice, por "Graciella".*)

CRUZ.—¡Anda, que vas a morder más retama!

CRISTOBAL.—¡Calla!

CRUZ.—Callada; pero que muerde retama... ¡fijo como la luz! ¡Así que no es envidiosa la postinera ésa!

CRISTOBAL.—Ya veo que te callas.

CRUZ.—No puedo, señorito. ¿Cómo voy a callarme, si pienso en los moños que va a quitar doña Pepita?... A mí no hay quien me haga llamarla doña Jimena. Los cambios de nombres son los que me tienen "achará".

CRISTOBAL.—Mucho ojo, no te lo cambien a ti también.

CRUZ.—¿A mí? ¿De dónde?... Yo seré Cruz hasta que me muera, porque así me bautizaron en mi pueblo, en San Fernando del Jarama, y no hay "musiú" que me quite lo que es mío... ¡Digo! ¡Tengo yo pocas agallas!...

CRISTOBAL.—Ya, ya... Pero no hables muy alto, que si saben de dónde eres no te quita nadie la "Cruz de San Fernando". ¡Por valiente! (*BARTOLO llega a la puerta del foro, y dice desde allí.*)

BARTOLO.—Monsieur Tacheló... Siluetá parlanté... Usté preparado. Scene tresiento veinte y siete.

CRISTOBAL.—(*A Bartolo.*) ¿A tourner?

BARTOLO.—Faltan cenq minutes.

CRISTOBAL.—Pues hay tiempo. Venga, Bartolo; le convido. (*Al Barman.*) ¡Tú, Chicote! Dos cóteles.

BARMAN.—(*Abandonando la lectura y con enojo.*) Oye, Tajuelo, a mí no me llames Chicote.

CRISTOBAL.—¿Pues cómo quieres que te llame? ¿Loreto?

BARMAN.—Bueno, hemos acabao. (*Se pone a preparar la bebida.*)

CRUZ.—(*A Cristóbal, por Bartolo, al que mira con mucha curiosidad.*) Es que hay que ver... ¡Qué hombre más insignificante es este "Bartolo"!... ¡Y la gracia que a mí me hacía!...

(*Bartolo advierte la atención con que le mira Cruz y la contempla a su vez con mucha fijeza.*)

CRISTOBAL.—(*A Cruz.*) Pues ahora se la haces tú a él. ¡Fíjate qué miradas te echa!... (*A Bartolo.*) ¿Qué hay, Bartolillo? (*Indicándole a Cruz.*) ¿La está usted castigando?

BARTOLO.—(*Con gesto comprensivo.*) Oui... (*Se acerca a Cruz y le dice al oído.*) ¡Ol-le!

CRUZ.—(*Con mucha zumba.*) ¡Anda! ¡Si dice ole y todo!

CRISTOBAL.—(*A Bartolo.*) ¡Ahí los flamencos! (*Bajo a Cruz.*) Bueno; es un pirulí de la Habana.

BARTOLO.—(*Guiñando un ojo.*) Ol-le... brune!

CRUZ.—(*Asustada.*) ¡Adiós! ¡Ya me cambió el nombre! (*A Cristóbal.*) ¡Dígale usté que no me llame Bruna!...

CRISTOBAL.—¡Si lo que te dice es "morena"!...

BARTOLO.—(*Que ha oído a Cristóbal.*) Oui... Moguena... Sevil-la... Guapa... Ol-le! Yo gusto moguena.

CRUZ.—¡Ay, que me piropea!

CRISTOBAL.—(*A Bartolo.*) ¿Que le gustan? ¡Y a mí! ¡Pero ya verá usted cómo a ésta (*por Cruz*) también la tiñen!

CRUZ.—(*Protestando.*) ¡Teñían!... ¡A cualquier hora le pintan el pelo a una servidora! ¡Pues así que no hago conquistas con él en Saint-Cloud!

CRISTOBAL.—¡Claro! (*El barman sirve a Cristóbal y Bartolo, que beben encaramados en las butacas.*) ¡Como que todo el mundo está harto del platino! En cuanto un hombre ve aquí a una morenita que se trae lo suyo..., ¡de coronilla! Mira al Bartolo éste, que te va a apedrear con los ojos.

BARTOLO. — (*Comprendiendo.*) Moguena... Sevil-la... Guapa... Ol-le!

CRUZ.—(*Riendo.*) ¡Pues no sale de ahí!

CRISTOBAL.—(*Riendo también.*) ¡Como que es un castizo!

BARTOLO.—Oui, castisó... Y si ella quiega..., yo togueador... Comment se dit? Cagaancha!

CRISTOBAL.—(*Corrigiéndole.*) No; Cagancho.

BARTOLO.—(*Insistiendo e indicando un rostro abultado.*) Caga-ancha. Grande togueador... Yo conosco...

CRISTOBAL.—(*Estupefacto.*) ¿Usted?

BARTOLO.—De "La Lidiá"... Cromó a la pared... A la taverne du films. ¡Viva Sevil-la, que ella es ma terra!

CRUZ.—¡Huy, ma terra!

CRISTOBAL.—¡Usted sí que "m'aterra" a mí, Bartolillo. Pero... siga usted castigando. (*A Cruz.*) Nada, chica, que has hecho tu suerte.

BARTOLO.—(*Creyendo haber comprendido.*) ¿Qué suegte?... ¿Bagandilles? (*Acción de poner banderillas.*)

CRUZ.—¡Vamos, que toma en serio lo del toreo!

CRISTOBAL.—¡Como que vas a tener que sacarle en una nocturna! (*A Bartolo, simulando unos lances de capa.*) ¿Usted torear?

BARTOLO.—No; pego ella (*por Cruz*) enseña.

CRISTOBAL.—(*Muerto de risa. A Cruz.*) ¡Bueno! Te confunde con Dominguín este infelizote.

CRUZ.—(*A Bartolo.*) Yo no sé.

BARTOLO.—No creo... Española guapa mata togos con navaja en liga.

CRISTOBAL.—¡Caray con Bartolo!... ¡Es el único para una charlotada!

CRUZ.—(*A Bartolo.*) Vive usted muy atrasado, buen hombre. En España no usamos ya navajas.

CRISTOBAL.—Ni ligas, como puede verse... (*Va a alzar las faldas a Cruz, que da un chillido y se aparta de Cristóbal. Este continúa,*

dirigiéndose a Bartolo.) ¡Vaya, me voy a tourner! *(En su francés especialísimo.)* Aunque aquí vous tournez más que mua. Y, si toreez vous, tournez y volteretéz... ¡Adiez!

BARTOLO.—Bon soir, monsieur Tachueló.

CRISTOBAL.—*(Ya en el mutis, a Bartolo.)* Divèrtirse, Cagaancha... ¡Y cuidadito con las "bagandilles"! ¡Ol-le! *(Se va por el foro.)*

CRUZ.—*(Riendo.)* ¡También está sembrao mi señorito!

BARTOLO.—*(Riendo también al ver que Cruz se ríe y acercándose otra vez a ella.)* Usted guasona, pego yo también traigo guasa. *(Ella le mira con mucha sorna.)* Oui... Y usted va a mí a queguegme... Yo lo sé.

CRUZ.—¡Pero qué duda tiene! ¡Más que a mi suegra!

BARTOLO.—*(Múy resuelto.)* ¿Cuándo senamos?

CRUZ.—¿Va usté a convidarme?

BARTOLO.—O usted convida. Lo mismo es...

CRUZ.—¡Ya decía don Cristobita que me castigaba!... ¡A pagarle la cena! *(A Bartolo, melosamente.)* Conque a comer de gorra, ¿verdad, ricura? ¡A ver a lo que ha venido una a Francia!... ¡Que se me salen ya las perras del bolso!... ¡Ay, Bartolillo, me parece que como no le des un bocao a tu nombre!...

BARTOLO.—*(Entusiasmado y echándose encima.)* ¡Brune!

CRUZ.—*(Rechazándole.)* ¡Ahí va!... Hijo, ni que fuese usté a morderme. La cuestión es hincarle el diente a algo, ¿no?

(Por el foro llegan PEPITA, DOÑA JESUSA y PEDRO OSUNA.)

PEPITA.—*(Al entrar, sofocadísima.)* ¡Vaya! ¡Hemos terminado! Si me tienen allí un minuto más me caigo al suelo... ¡Qué infierno de Estudio!

BARTOLO.—*(Que se ha apartado de Cruz, y de mal humor al ver a los que llegan.)* Nom d'un chien! Ce sera pour une autre fois!

CRUZ.—*(Acudiendo junto a Pepita.)* ¡Señorita!

JESUSA.—*(A su hija.)* Es que eres muy exagerada.

BARTOLO.—*(A Cruz iniciando el mutis.)* Au revoir... Je reviendrai... moguena. *(Se va por el foro timándose con la criada.)*

PEPITA.—*(A doña Jesusa.)* ¡Once pruebas, mamá! ¿Crees tú que hay quien las soporte?

JESUSA.—¡Claro! Con tanto: "Vuélvase usted", "Levante así la cara" y "Mueva el brazo de este modo", no hacen más que perder el tiempo. Pero estate tranquila, que tú lo has hecho muy bien. Osuna te ha visto. Que lo diga él. *(A Osuna.)* ¿No es verdad?

OSUNA.—¡Bah! *(Sin soltar prenda.)* Poco tardaremos en salir de dudas. René Lacy dispuso que, por excepción, la cinta fuera en seguida al laboratorio, para verla él mismo de primera prueba.

JESUSA.—Pero..., bueno, ¿y la opinión de usted? ¿A que ha estado eminente?

OSUNA.—¡Oh, desde luego! A mí me ha parecido muy bien...

PEPITA.—¿No me engaña usted, Osuna?

OSUNA.—¿Por qué voy a engañarla? Cierto que yo no soy un técnico y podría equivocarme; pero, en fin..., hay que esperar un poco.

JESUSA.—¡Naturalmente! Y tener calma.

PEPITA.—(*A Cruz.*) Oye, Cruz, ve a mi cuarto y tráeme un abrigo.

CRUZ.—Ya mismo, señorita. (*Se va por la derecha.*)

PEPITA.—Hacía allí tanto calor que temo enfriarme.

JESUSA.—¡A ver si te cuesta una enfermedad, hija de mi alma!

OSUNA.—Tome un té o un ponche caliente. ¿Le parece?

PEPITA.—Sí; es lo mejor. ¡Garsón!

JESUSA.—¡No digas "garsón", que viene el franchute y se arma el lío! Déjame a mí. (*Palmoteando.*) ¡Oiga, Peláez! ¡Venga acá!

OSUNA.—(*A doña Jesusa.*) Usted no transige con los franceses.

JESUSA.—¡Quite, por Dios! (*Peláez sale de la cocina por la izquierda, se acerca a la mesa que ocupan Pepita y doña Jesusa y pregunta .*)

PELAEZ.—¿Llamaban?

PEPITA.—Sí; tráigame un ponche caliente.

JESUSA.—A la española, ¿eh?

PELAEZ.—Perfectamente... Un ponchecito... Con ron, claro... En seguida lo traigo. (*Se vuelve a la cocina. Por el foro entran CRISTOBAL y DON ALBERTO VILLARES.*)

VILLARES.—(*A Cristóbal cuando entran.*) Te digo que tu trabajo les ha satisfecho. En la última escena has estado muy bien.

CRISTOBAL.—¡Eso no me importa, Villares! ¿Qué pinto yo aquí? (*Ve a Pepita y va rápidamente hacia ella.*) ¡¡Pepita!! ¿Has terminado ya? (*Anhelante.*) ¿Y cómo?

PEPITA.—No lo sé, Tobalín. ¿Usted sabe algo, don Alberto?

VILLARES.—Aun no pude hablar con Lacy.

JESUSA.—Pues estamos locos de impaciencia. (*A Osuna.*) Háganos el favor, Osuna: usted que tiene aquí autoridad, vaya a ver si averigua algo.

CRISTOBAL.—(*A Osuna.*) Sí, vaya; se lo suplico. Vea a ese hombre.

OSUNA.—(*Encogiéndose de hombros.*) Por mí... Allá voy; pero me parece que no es necesario.

PEPITA.—Que Dios se lo pague. (*Osuna se va por el foro.*)

CRISTOBAL.—(*A Pepita, animándola.*) Tú no te preocupes. Todos confían en ti... Y, en último caso, ¿qué importaría?

VILLARES.—¡Naturalmente! ¿Qué iba a significar para ella un tropiezo? ¡Ganas de alarmarse!

PEPITA.—(*Como herida por una flecha y desbordado su amor propio.*) Pero ¿usted piensa que yo puedo fracasar? ¿Yo?... ¿Lo piensa usted, que fué el que vino a alentarme en esta quimera y me sacó de mi tierra, de mi arte, de todo lo que era mi vida? ¡No, Villares! ¡Usted no puede pensar eso! ¡Ni yo lo pienso tampoco, porque aun no se le acabó el brío a Pepita Jiménez!

JESUSA.—¡Muy bien hablado!

VILLARES.—(*Desconcertado.*) ¿Que yo he dicho?... ¡Yo no digo nada, mujer! ¡Ay, qué nervios, qué nervios!

CRISTOBAL.—Discúlpela usted, don Alberto. (*Peláez sale de la cocina con un vaso de ponche en una bandeja y lo sirve a Pepita.*)

PELAEZ.—Aquí está el ponche.

VILLARES.—¡Tila sería mejor!

(*Por el foro van llegando ELSA, MARY, LIANNE, "LA ZULOAGA" y algunos comparsas, hombres y mujeres. Las "vedettes" vuelven a instalarse ante el mostrador, y los comparsas se agrupan en una mesa del fondo.*)

ZULOAGA.—(*A un comparsa que la acompaña.*) C'est fini, Dieu merci!

COMPARSA.—(*A "La Zuloaga".*) Para que veas quién soy yo, Zuloaguita: voy a convidarte.

ZULOAGA.—(*Contenta y con su "pata" de siempre.*) ¡Viva tu sangrrre, gitano!

COMPARSA.—(*Mirándola aburrido.*) ¿Y no te matan?...

ELSA.—(*Llegando ante el mostrador.*) Wir haben vollendet (*Pronúnciese: Vir jáben foléndet. Quiere decir: Hemos concluído.*)

JESUSA.—(*De mal humor.*) ¡Ya vuelven las mascaritas! (*Se oyen palmadas en el grupo de los comparsas.*)

PELAEZ.—(*Acudiendo allí.*) ¡Al momento! (*HENRY sale de la cocina por la izquierda, y como Peláez va a atender a la clientela.*)

MARY.—(*Ante el mostrador, al "Barman".*) An pine apple refreshment. (*Pronúnciese: An pain epel refrésment. Quiere decir: Un refresco de piña.*)

BARMAN.—Directly, miss. (*Pronúnciese como se escribe. Quiere decir: En seguida, señorita.*)

JESUSA.—(*A Pepita, oyendo las risotadas que lanzan los comparsas.*) ¿Tú ves qué escándalo, mujer?

PEPITA.—¡Todos están contentos!

(*Por el foro llega RENE LACY muy precipitado y poseído de una*

gran excitación. Va hasta Pepita, Cristóbal y demás personajes, y les habla exaltadamente. "GRACIELLA DEL MAR", que entra detrás de René, permanece algo apartada y oye en silencio... y con mal disimulado regocijo.)

RENE.—Impossible! Impossible!... C'est une fatalité!... ¡Madame del Sid, todo lo hemos perdido!

PEPITA.—¿Cómo?

CRISTOBAL.—¿Qué? ¡Diga!...

RENE.—Es bien triste; pero no va, no va... La prueba fué penosísima. Y sobre la pantalla, una desepsión. Torpe de movimientos, lenta, mala silueta, sin aire la figura... C'est incroyable! Ce n'est pas possible!

JESUSA.—Pero ¿qué dice este hombre? ¡Que yo me entere!

PEPITA.—*(A punto de llorar.)* ¿No lo oyes? ¡Que no sirvo!

JESUSA.—¿Que no sirves tú? ¡Tendríamos que verlo!

CRISTOBAL.—*(A doña Jesusa, enérgico.)* ¡Calle usted! *(A René.)* A ver: explíquese...

VILLARES.—¡Me lo estaba temiendo!

RENE.—*(A Cristóbal.)* ¡Ninguna explicasión! Todo contrario al sinema madame del Sid. Yo estaba trompé; don Alberto estaba trompé... Madame no tiene condisiones...; y luego la gorge, la vos... ¡Horrible! Rota, quebrada...

CRISTOBAL.—*(Mirándole con rabia.)* ¡A ti sí que deben quebrarte algo!

JESUSA.—*(A Pepita, que permanece silenciosa y huraña ante la evidencia del fracaso.)* No vayas tú a afligirte, que éstas son envidias, y nada más que envidias...

PEPITA.—*(Con la voz cuajada de lágrimas.)* ¡Déjame! *(Forman un grupo Pepita y doña Jesusa. Junto a ellas discuten Cristóbal y René. Más apartados siguen la escena atentamente "Graciella" y Villares. Los comparsas, al fondo, cuchichean. Los camareros, indiferentes, han vuelto a las cocinas. Lianne, Mary y Elsa, en el mostrador, hablan en voz baja con el "Barman".)*

ELSA.—*(Mirando con pena a Pepita.)* ¿Wer hatte des geglaubt? *(Pronúnciese: ¿Ver jete das gueglaubt? Quiere decir: ¿Quién lo hubiera creído?)*

LIANNE.—*(Al "barman", por Pepita.)* Pauvre femme! Quelle honte!...

RENE.—*(Discutiendo con Cristóbal.)* Yo veo el disgusto, pero es irremediable... La empresa indemnisará, tendrá un acuerdo con madame, y el contrato quedará concluído... Usté comprende, ¿no? Yo lamento mucho; mas yo defiendo nuestro negosio.

CRISTOBAL.—No se trata de eso, señor Lacy. Es algo distinto,

y no vale hacerse el loco. Pepita Jiménez tiene un crédito que usted no puede destrozar.

RENE.—(*Encogiéndose de hombros.*) Oh, la, la!... Pepita Jiménez, sí... Pero aquí se trata de Jimená del Sid, monsieur Tajuelo. (*Cristóbal hace un ademán violento, y Villares le contiene.*)

VILLARES.—Cálmate, Cristobita. ¿Qué le vais a hacer?

(*"Graciella", contoneándose como una jaca, a Pepita, y con una sonrisa cruelmente compasiva, le dice.*)

GRACIELLA.—De verdad que lo siento, Pepita. ¡Esto del "cine" tiene unas sorpresas!... (*Pepita no contesta. Y "Graciella" se vuelve hacia René.*) Pero... vamos, Lacy; ¿en absoluto no sirve? Yo no puedo creerlo. Se trata de una gran actriz.

RENE.—¡Oh, mon Dieu! ¡Esto es lo malo! ¡Grande actrís! ¡Teatro! Teatro en el gesto, en la mirada, en la risa... ¡Siempre teatro! ¡No puede ser!... El teatro en la pantalla es un peligro, un desastre... Lo rechasamos, lo suprimimos... ¡Inamisible!

CRISTOBAL.—(*Sin gritos, pero con cólera reconcentrada.*) ¡Tiene usted razón!... ¡Teatro! Eso lleva en el alma Pepita Jiménez, y por eso fué usted a ofrecerle el contrato que ahora piensa romper. Y a mí, que no llevo el teatro en ninguna parte, me dió, como de limosna, el puesto más humilde... ¡No hable usted del teatro, que usted no entiende de eso! ¡Quédese con su cinema, y con sus pantallas, y con todos estos muñecos sin nervio ni sangre, y no se ocupe del dinero, ni del negocio que defiende, ni del que nosotros perdemos...! De todo esto lo único importante es que ha hecho usted llorar a mi mujer..., ¡y eso no lo consiento! (*No puede seguir hablando, tembloroso de ira. Villares le sujeta. CRUZ ha llegado por la derecha con el abrigo de Pepita. Se acerca a ésta, le echa la prenda sobre los hombros y contempla, atónita, el cuadro. Doña Jesusa informa a Cruz en voz baja. Los demás personajes siguen la escena con el interés lógico. "Graciella" ha ido a reunirse con Lianne, Mary y Elsa.*)

RENE.—(*Impávido y burlón.*) ¡Oh, oh!... ¡Qué valiente, monsieur Cristobita!

CRISTOBAL.—¿Valiente?... ¿No le pusieron a ella Jimena del Cid? Pues como es mía, ¡el Cid soy yo! (*Va a lanzarse sobre René, y Pepita, que se levanta rápidamente, le contiene.*)

PEPITA.—¡Cállate!

RENE.—¡Sí, callará! ¡No permito que nadie aquí grite sin mi permiso!

CRISTOBAL.—¡Yo grito aquí y en Hollywood! ¡Pues hombre!

RENE.—(*Con la energía del hombre que sabe desafiar los peligros y logrando dominar así a Cristóbal.*) ¡Usted no grita, usted

sale de aquí, y yo soy quien manda, y usted quien obedese! A mí no me asusta la valentía. ¡Salga usted, he dicho!

VILLARES.—(*Interviniendo.*) ¡Vamos! ¡René, tenga calma!

RENE.—Yo soy con calma; pero él se va.

VILLARES.—Esto no tiene importancia... Márchese usted también. Venga conmigo al laboratorio..., a cualquier sitio..., Venga... (*Le coge de un brazo y tira de él, mientras dice a Cristóbal.*) Espera, Cristóbal; no hay que enfadarse. (*A René.*) ¡Ande, Lacy!

RENE.—Pero... ¿por qué?

VILLARES.—Porque no convienen las peleas. Vamos. (*Villares se lleva a René por el foro. Pepita y Cristóbal vuelven junto a la mesa con doña Jesusa y Cruz.*)

CRUZ.—(*Consolando a Pepita.*) ¡Vaya, señorita, que esto no es una catástrofe! ¿Hay que irse a Madrid? Pues... ¡a Madrid, bendito sea Dios!

JESUSA.—¡Y que lo digas! (*A Pepita.*) ¿Qué ibas a hacer aquí? ¡El ridículo! ¿Salir igual que esas (*Por las tres "vedettes"*), con los mismos trajes, los mismos zapatos y, por lo visto, los mismos ademanes? ¡Tú sirves para algo más, hija mía!

CRISTOBAL.—¡Dejadla! (*Hace apartarse a doña Jesusa y a Cruz y dice a Pepita.*) Vámonos a España, Pepita. Vamos a olvidar esta mala aventura, y no llores..., que no sabes lo que yo daría por ahorrarte esas lágrimas.

PEPITA.—Lloro de coraje y de vergüenza. Lo de menos es el fracaso, créelo. Son las burlas, las risas, los desaires...

CRISTOBAL.—Pues para olvidarlos vámonos mañana mismo.

PEPITA.—(*En un arrebato de soberbia.*) ¿Marcharnos? ¿Irme yo humillada? ¿Volver a mi tierra con esta amargura? ¡No, no me voy!

CRISTOBAL.—¿Qué pretendes entonces?

PEPITA.—¡Pelear como sea! ¡Quedarme! ¡Servir para esto! (*Ante la mirada angustiosa de Cristóbal.*) ¡Servir, sí! ¿Lo dudas? ¿No me crees capaz de imponerme y dominarlas a todas?... ¡Me quedo! ¿Salió mal esta vez?... ¡Otra saldrá mejor! Tengo un contrato, y haré que lo cumplan. No para que me den dinero, que lo desprecio, sino para que me den trabajo, que es a lo que vine.

CRISTOBAL.—No te lo darán... ¡Hay que conocer a esta gente!

PEPITA.—(*Despreciativa.*) ¿Tú qué sabes, Cristobita? Yo trabajaré, y cuando triunfe será cuando me oigan. (*Por el foro llega RENE LACY, agitadísimo y resplandeciente. Le sigue DON ALBERTO VILLARES.*)

RENE.—(*Llamando a Cristóbal.*) ¡Monsieur Tajuelo! ¡Hurra, monsieur Tajuelo!

CRISTOBAL.—(*Desconfiado y dispuesto al ataque.*) ¿Qué se ofrece?

RENE.—(*Sin disimular su entusiasmo.*) Venez-vous... Venga... (*Se acerca Cristóbal, y René le abraza.*) Oh, le petit championl

VILLARES.—(*A Cristóbal.*) ¡Enhorabuena, gran hombre!

CRISTOBAL.—(*Asombrado.*) Pero, bueno...

RENE.—Nada perdido... Un rey muerto, un rey puesto... Madame no sirve al sinema... Y usted, usted, Cristobita..., voici el grande galán, la espléndida figura en la pantalla... (*Al oír a René, es general el asombro. Pepita se incorpora en su asiento, y sin atreverse a avanzar escucha, reflejando en su rostro su estado de ánimo, en el que van mezclándose la estupefacción, el dolor, el desdén y la amargura.*)

CRISTOBAL.—¿Cómo?... ¿Yo?... ¿Yo galán? (*Mirándose.*) ¿Yo espléndido? ¡Ese tío se ha vuelto loco!

VILLARES.—¡Algo portentoso! ¡No tienes idea!

RENE.—¡Soberbio! Ninguna prueba mejor que ésta... ¡Qué desenvoltura, qué gesto, qué elegansia naturalísima, qué ligeresa! (*Instintivamente Cristóbal empieza a pavonearse.*) ¡Y la vos!...

CRISTOBAL.—(*Con una cara de asombro imposible de describir.*) ¿Mi voz?

RENE.—¡Maravillosa! Dulse, robusta, clara... Une trouvaille! A la bonne heure, monsieur Tajuelo!

CRISTOBAL.—(*Trémulo de emoción.*) ¿Será posible que yo sea Titta Rufo?... ¿Yo? ¿Yo?... (*Mira a Pepita y corre hacia ella para abrazarla, lleno de alegría.*) ¿Tú oyes, Pepita? ¡Sirvo para el "cine"! Podemos quedarnos... ¡Ya no hay humillación! ¡Sirvo, Pepita!

PEPITA.—(*Rota la voz en un llanto.*) Oigo, sí... ¡Tenías que ser tú el que sirvieras! ¡Cristobita!... ¡Ese es el Arte nuevo! (*Abrumado por el tono áspero de su mujer, Cristóbal se aparta de ella y queda cabizbajo.*)

JESUSA.—¡Vamos!... ¿A que va a resultar ahora...?

CRUZ.—¡De esto no había habido!

RENE.—(*Llegando hasta Cristóbal.*) Ya no hay dificultad, n'est pas? El contrato de madame será su contrato, con todavía otras ventajas. La empresa servirá al grande artista. Haremos compromiso por tres años. Hay muchos "films" para usted ser protagonista. Es la selebrité, monsieur Tajuelo, y yo soy alegre.

CRISTOBAL.—Sí, claro, sí... (*Volviéndose tímidamente a Pepita.*) ¿A ti qué te parece, Pepita?

PEPITA.—Tú haces lo que quieras.

VILLARES.—(*A Cristóbal.*) ¿Qué va a parecerle, si vienes a sacarle una espina que se le quedó dentro?

RENE.—Osuna se ocupará en la "reclame", en los "affiches", en la popularité... Se buscará un otro nombre... ¡Nunca Tajuelo!

CRISTOBAL.—(*Espantado.*) Y oiga usted: ¿también tengo que adelgazar y teñirme de platino?

RENE.—(*Riendo.*) ¡Oh, nada a haser! La figura es magnífica. (*"Graciella", Elsa, Lianne, Mary y "La Zuloaga" se han ido aproximando al grupo que forman Cristóbal, René y Villares. Pepita queda sola, sentada ante una mesa. Detrás de ella, en pie y desoladas, doña Jesusa y Cruz. El "barman" sigue la escena desde el mostrador. René, muy contento, dice a las mujeres que le rodean.*) Mes demoiselles: voici une nouvelle etole du Lutesie. Cet homme (*Por Cristóbal*) será vedette fameux du sinema européen.

CRUZ.—¡Ay, que le llaman "vedette"!

CRISTOBAL.—¡Me confunden con la Celia Gámez! (*"Graciella", Elsa, Mary y Lianne sonríen y halagan al atolondrado Cristóbal.*)

GRACIELLA.—¿Te voy a decir lo que me alegro? Mira por donde, Cristobita...

LIANNE.—(*Con mucha coquetería.*) Auriez-vous la bonté de me donner votre portrait?

CRISTOBAL.—(*En su francés característico.*) Mersí, mersí... A toute a le heure... Oui, mademoiselle.

MRRY.—I am very glad, my friend. (*Pronúnciese: Ain am veri gled, mai frend. Quiere decir: Lo celebro mucho, amigo mío.*)

CRISTOBAL.—(*Sin arredrarse ante el inglés.*) Espiquin inglis... Yes, veri güel.

ELSA.—Ich stehe zu Ihrer Verfügung. (*Pronúnciese: Ij steje teu irer ferfigund. Quiere decir: Me tiene usted a su disposición.*)

CRISTOBAL.—(*Intrépido.*) ¡Espatebráusss! ¿Y él que dijo?— (*Pero, ya sin poder contenerse, pregunta a Villares.*) ¿Qué es lo que me hablan?

VILLARES.—(*Risueño.*) ¿Qué van a hablarte? Se acercan al actor nuevo para halagarle... y para que se acuerde de ellas cuando vaya a elegir dama. (*"Graciella", Elsa, Mary, Lianne y "La Zuloaga" desfilan ante el deslumbrado Cristóbal, contoneándose con garbo y coquetería, para que él las admire.*)

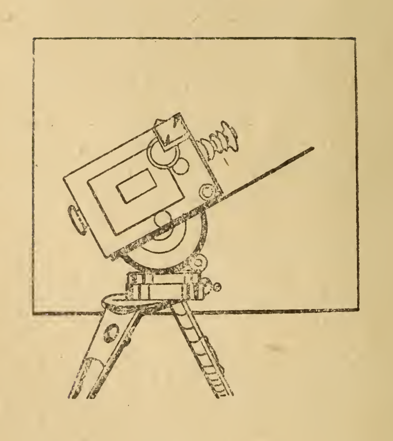
CRISTOBAL.—¿Que yo tengo que elegir?

RENE.—¡Evident! Será usté que desida qué artista en los Estudios ha de ser ella sa partenaire...; su compañera, ¿no? En esto, y en todo, la empresa atenderá su volonté.

CRISTOBAL.—(*Como si se le iluminara el turbio horizonte.*) Entonces, si yo soy el que elige... (*Rechaza a todas las "vedettes", va junto a Pepita y le dice con mucha ternura.*) Pepita, me dejan la elección. (*La abraza y acaso por primera vez en su vida lo hace*

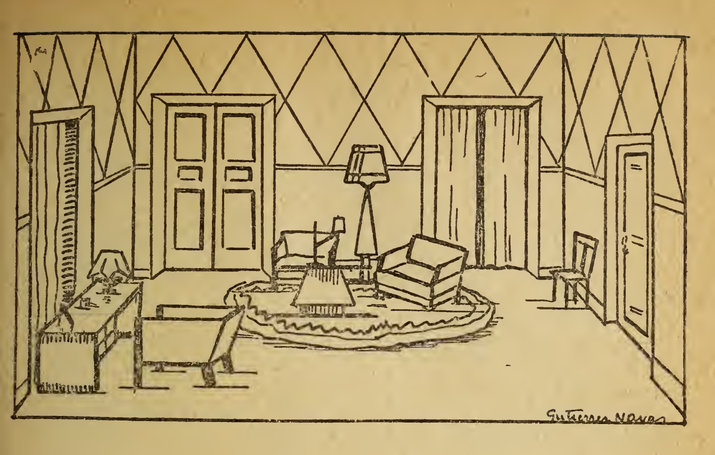
como amparándola y protegiéndola, y dice a todos.) Es natural... Yo elegiré, señor Lacy... He elegido ya. ¡Mi compañera de siempre! Y si pudiera ser morena, ¡encantado! (*Ante el gesto de disgusto de René.*) No se alarme. ¿Salió mal esta vez? ¡Otra saldrá mejor! Me lo ha dicho ella..., y ella es la que triunfa, porque yo se lo debo todo. ¡Ella! ¡Pepita Jiménez! (*Mirando a Pepita, y rectificando.*) Ni siquiera eso. ¡Jimena del Sid! (*Y, ebrio ya de júbilo, dice a todos, indicándoles a su mujer:*) ¡La "vedette"! ¡Voilá la "vedette"! ¡No hay otra! ¡Allons enfants de la Patríe!... (*Ríe, llora, salta, besa a Pepita, la acaricia, la anima... Los demás aplauden. Y cae el telón.*)

TELON



ACTO TERCERO


VALERIANO
AJ'DELA PAN-
TALLA, LUCE



Gabinete del departamento que ocupan, en un hotel de Saint-Cloud, Pepita Jiménez y Cristóbal Tajuelo. Estancia decorada en tonos claros y dispuesta con buen gusto. En el ángulo derecho del foro, puerta de entrada. En el ángulo izquierdo, hueco cubierto con cortinas, que da paso al dormitorio. A la izquierda, primer término, puertecita que conduce al tocador y cuarto de baño. En el primer término de la derecha, una ventana. Estamos, pues, en el mes de septiembre. Por la mañana.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Se oyen unos discretos golpes en la puerta del foro. Sale CRISTOBAL por la izquierda, primer término. Sobre el pantalón y la camisa lleva un batín de seda muy elegante. Cristóbal, "as" de la pantalla, luce ahora un bigotillo minúsculo, muy cinematográfico.)

CRISTOBAL.—*(En voz alta.)* ¿Quién es?

CRIADO.—*(Dentro.)* Monsieur: le déjeuner...

CRISTOBAL.—Bien... Adelante... *(Rectificándose.)* En avant... *(Se abre la puerta del foro derecha y entra un CRIADO, de frac y portador de una bandeja con servicio de café con leche y de té, pan, mantequilla, "croissants", cacharro con mermelada y una naranja, un exprimidor y un vaso. También trae varias cartas.)*

CRIADO.—Bonjour, monsieur... Ici? (*Indicando una mesa.*)

CRISTOBAL.—Oui, oui... Ahí mismo... Sur le table. (*Lo pronuncia como se escribe.*) ¡Vaya! (*Recogiendo las cartas que trae el criado.*) ¡Las admiradoras!... Un día coge las cartas mi mujer y se arma el lío... (*El criado deja el servicio sobre la mesa y se va por el foro. Cristóbal se acerca a las cortinas del dormitorio y dice.*) ¡Pepita!... ¡Pepita!... Anda, que han traído el desayuno.

PEPITA.—(*Dentro.*) En seguida salgo.

CRISTOBAL.—Yo lo iré preparando. (*En efecto, exprime la naranja, echa el zumo en un vaso, sirve té solo en una taza, sin ponerle azúcar, y vierte en otra café y leche, que azucara bien. En tanto que lo hace, dice en alta voz.*) Mira, hoy la naranja es buenísima. Y el té lo han traído bien cargadito, como tú lo quieres.

PEPITA.—(*Saliendo de la alcoba en "deshabillé".*) ¿Que yo lo quiero cargado? ¡Que me obligan a tomarlo así, porque, lo que es por mi gusto!...

CRISTOBAL.—Pues yo que tú lo tomaría como se me antojase.

PEPITA.—¡Ojalá!...

CRISTOBAL.—Anda... ¿Te echo un terrón de azúcar?

PEPITA.—¡No! Déjalo, Cristobita... ¡No empieces!

CRISTOBAL.—Pero, ¿crees que un simple terrón va a hacerte engordar medio gramo?

PEPITA.—Yo no creo nada; lo creen los médicos.

CRISTOBAL.—Que ellos piensen lo que quieran; haz tú lo que te parezca... ¡y viva la libertad!

PEPITA.—¡Sí, sí! ¡Con el trabajo que me costó adelgazar otros dos kilos!... En fin, vamos con el purgante. (*Bebe el vaso de zumo de naranja y hace un gesto de desagrado.*) ¿Decías que la naranja era buena?

CRISTOBAL.—(*Desconsolado.*) ¿No?

PEPITA.—¡Agria como un demonio! (*Concluyendo de beber.*) Ahora la otra pócima... (*Toma el té sin azúcar, con la misma repugnancia que si tomara sal de higuera.*)

CRISTOBAL.—(*Contemplándola entristecido.*) ¡Vaya por Dios! ¡Me da una rabia que te sacrifiques de ese modo!... (*Fijándose en la bandeja.*) ¡Bueno! ¡Ya se les olvidaron los huevos fritos!

PEPITA.—¿Qué vamos a hacerle? (*Con ligera ironía.*) ¡Todo sea por el arte!

CRISTOBAL.—(*Dispuesto a desayunarse.*) No hay arte que obligue a una criatura a pasar hambre. (*Untando mantequilla en una tostada.*) ¡Conmigo podían dar!... ¡Si a mí me prohibieran comer a

mi gusto!... (*Pone mermelada en el pan.*) ¡Figúrate, con el apetito que tengo siempre...

PEPITA.—(*Con enojo.*) Mucho apetito... y muy poca consideración, Cristóbal.

CRISTOBAL.—(*Que se disponía a hincarle el diente a la tostada, sin hacerlo y mirando a Pepita con mucha aflicción.*) ¿Por qué?

PEPITA.—Por nada... ¡Come, hijo, come! ¡Que yo te vea! ¡Que se me alarguen los dientes y se me desencajen las mandíbulas! ¿Qué importa eso, verdad?

CRISTOBAL.—(*Dejando la tostada en el plato.*) Pero, mujer...

PEPITA.—¿No te digo que comas? ¡No, si serás capaz de quedarte en ayunas! ¡Claro! Sabes que así me desespero más, y como gozas desesperándome...

CRISTOBAL.—¿Puedes creer eso?... ¡Está bien! Comeré, para que no digas...

PEPITA.—(*Con los nervios de punta.*) ¡Naturalmente! ¡A hincharte, que es tu obligación!... ¡Más mermelada, hombre! ¡Pon más mermelada! (*Bostezando.*) ¡Con lo que a mí me gusta la mermelada!...

CRISTOBAL.—(*Desconcertado.*) ¡Ay, rubichi, rubichi!...

PEPITA.—¡Y dale con "rubichi"! ¡Ya sabes que no me gusta que me llames así!

CRISTOBAL.—Tampoco a mí me gusta que te hayas vuelto rubia...

PEPITA.—¡Pues te aguantas!

CRISTOBAL.—¡Toma, eso hago! (*Se levanta y pasea de mal humor.*)

PEPITA.—¡Bueno eres tú para aguantarte! ¡Si no haces más que machacar sobre mi pelo!...

CRISTOBAL.—Te aguanto el pelo... ¡y te aguanto a ti, Pepita! Es que cuando se te disparan los nervios... ¡Que todos los días hemos de tener la misma escena!... ¡Buen cambiazo diste, mujer!

PEPITA.—Cambiazo el tuyo. (*Cristóbal la mira entre enojado y melancólico.*) ¡A ver! ¡Como ya eres una eminencia!... ¡Como ya no me necesitas!... ¿Para qué vas a disimular ni a fingir mimos?

CRISTOBAL.—¡Bueno! (*Pasea frenético. Dan unos golpes en la puerta, y Cristóbal grita.*) ¡Que pase quién sea!

PEPITA.—(*Sobresaltada.*) ¡Ay!... Grita, Cristián del Tajo, grita...

CRISTOBAL.—(*Airadamente.*) ¡No me llames Cristián! Y menos, de chufla... Y menos... (*Se abre la puerta del foro y entra CRUZ, muy peripuesta con su uniforme de doncella.*)

CRUZ.—(*Desde la puerta.*) ¿Estorbo?

CRISTOBAL.—¡Aquí no estorba nadie más que yo!

PEPITA.—Ya sé lo que quieres decir con eso. Que la que estorba es tu señora, ¿no? Pues, como no me eches, tendrás que soportarme a la fue za... Con que, échame, si te atreves... (*Cristóbal no contesta. Cruz, como si presenciara una escena ya habitual, pregunta con calma a Pepita.*)

CRUZ.—¿Le pongo a usté el baño?

PEPITA.—¡Pónmelo de aguarrás, Cruz, hazme ese favor!...

CRUZ.—(*Sin dar importancia a la exclamación.*) ¿A cuántos grados? ¿A treinta y nueve, como siempre?... Voy allá...

PEPITA.—Oye, prepárame el henné blanco y la manzanilla.

CRUZ.—¿Hoy también?

PEPITA.—Sí, que se me ha oscurecido mucho el pelo. (*Cruz se va al cuarto de baño. Cristóbal mira la cabellera de Pepita, contiene su indignación y se limita a decir.*)

CRISTOBAL.—¡Vaya! (*Suena el timbre del teléfono, y Cristóbal acude a él.*) ¡Al-lo! ¿Quién?... No, señor...; digo, sí... Cristián del Tajo, sí... Es que no me acostumbro, ¿sabe usted?... ¿Cómo?... ¿Y quién es "che le taller?... ¡En español, hombre, en español!... ¡Ah, ya; el sastre! Bueno, ¿y qué?... ¿La prueba?... Perfectamente... ¿Ahora, por la mañana?... Iré dentro de un rato... Bien... Hasta luego... (*Dejando el aparato.*) A estos que hablan castellano en Francia es a los que menos entiendo.

PEPITA.—¿Vas a salir ahora?

CRISTOBAL.—¿No lo oíste? Me llama el sastre... Tengo que probarme...

PEPITA.—Más ropa, ¿no? Verdaderamente, como ahora necesitas figurar, presumir... En tres meses que llevas aquí te has hecho más trajes que desde que nos casamos... Haces bien. (*Luego de una pausa.*) ¿Hoy no vas a los estudios?

CRISTOBAL.—Espero que me avisen. Todavía no hemos resuelto lo del contrato nuevo. No sé lo que piensan...

PEPITA.—(*Brillándole en los ojos un chispazo de malsana alegría.*) A lo mejor se arrepienten...

CRISTOBAL.—¿Tú supones?...

PEPITA.—Yo, no. ¡Como dices que tardan en resolver!... ¡Y como esta gente del "cine" es tan caprichosa!...

CRISTOBAL.—Lo será; pero no depende de ellos ultimar el asunto. Más bien soy yo el que anda vacilante.

PEPITA.—(*Irónica.*) ¡Oh!... De seguro es que no te ofrecen todo lo que exigen tus méritos...

CRISTOBAL.—(*Mirándola, amargado y compasivo.*) Algo así... (*Se pone a leer algunas de las cartas que trajo el camarero y dice comentando una de ellas.*) ¡Arrea!... ¡Una loca de Burgos que dice que es mi madre!... (*CRUZ sale del cuarto de baño y dice a Pepita.*)

CRUZ.—Ya está el baño. ¿Qué traje va usté a ponerse?

PEPITA.—Uno cualquiera, sencillito... El mismo de ayer, que está ahí, en la alcoba... (*Cruz entra en el dormitorio, del que sale a los pocos momentos llevando un traje femenino, para volver al cuarto de baño. Pepita sigue hablando con Cristóbol.*) Después de todo, debes exigir, ya que te lo consienten. Yo también exigiría... Aunque a mí no van a consultarme. Tú serás el que decida sobre tu contrato... y sobre el mío, ¿verdad?

CRISTOBAL.—(*Sin ganas de discutir.*) Sobre el tuyo se hará lo que tú dispongas.

PEPITA.—¡No, hombre, no! ¡Si tienes plenos poderes!... ¿No ves que además de ser "estrella" eres mi marido? Yo me conformo con lo que acordéis. (*Con mala intención.*) Así será completo el cambio de papeles. El mundo al revés, como si dijéramos...

CRISTOBAL.—(*Conciliador.*) Pepita... (*Va hacia ella, en uno de sus arranques de abnegada humildad; pero en la mitad del camino se detiene, la contempla con gesto de decepción y de hastío y se limita a murmurar.*) Lo que quieras, mujer, lo que quieras.

PEPITA.—Quien te oyese pensaría que mi voluntad significa algo entre nosotros. (*Vuelve a salir CRUZ del cuarto de baño y dice a Pepita.*)

CRUZ.—Cuando usté guste.

PEPITA.—(*Levantándose.*) Ahora mismo.

CRUZ.—¿Me necesita usté?

PEPITA.—(*Siempre mordaz.*) ¿Yo? No, hija... Me quiero ir acostumbrando a arreglarme sola. Aquí ya no hay que servir más que a don Cristobita, que tiene que buscar ayuda de cámara... (*Se va por la izquierda, segundo término.*)

CRISTOBAL.—(*Paseando muy nervioso y resoplando como si se abrasara.*) ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Buenísimo!... (*Mirando al cielo.*) ¡Si tenía que pasar, Señor!... ¡Si ésta es rubia! (*Se detiene ante la mesa, ve su desayuno intacto, reflexiona un momento y exclama:*" ¡No! ¡Lo que es esto, no! (*Se sienta y acomete con verdadero frenesí a las tostadas y al café con leche.*)

CRUZ.—(*Zumbona.*) ¿Hay ganas?

CRISTOBAL.—(*Con la boca llena.*) ¿Que si las hay?... ¡Ganas de muchas cosas!

CRUZ.—Digo de café.

CRISTOBAL.—Del café, lo que quiero es tomarlo caliente algún día. Con esta nueva moda del broncazo matinal tengo siempre que bebérmelo "frapé". ¿No se dice "frapé"?

CRUZ.—¡Ay, a mí no me pregunte! Ya sabe que en lo del idioma no adelanto na. (*Cristóbal sigue desayunando, y no le contesta.*) Bueno, ¿desea usté algo?

CRISTOBAL.—(*Entre sorbo y sorbo.*) Que te vayas.

CRUZ.—¡A la de tres! Que aproveche. (*Cuando Cruz inicia el mutis suenan unos golpes en la puerta del foro, y la joven se detiene.*) ¡Anda! ¿Quién será?

CRISTOBAL.—En cuanto que abras lo veremos. (*Cruz abre la puerta y entra RENE LACY, a cuyo encuentro sale Cristóbal, que abandona el desayuno.*) ¡Oh, querido Lacy!... Encantado de verle... Pase usted... (*A Cruz, que se disponía a irse.*) Oye: recoge este servicio y llévaselo al camarero. (*Y agrega, mirando melancólicamente el tazón y las tostadas.*) ¡Estaba de Dios!

CRUZ.—Perfectamente. (*Se va Cruz por el foro llevándose el servicio.*)

RENE.—(*A Cristóbal.*) Comò disen los árabes, monsieur del Tajo: "Si la montaña no viene ella a mí, yo vengo a la montaña"... que es usted.

CRISTOBAL.—Y yo le agradezco que haya venido. Estaba ya un poco impaciente... Un poco "mosca", decimos en mi pueblo.

RENE.—¿Por qué? No seré yo el culpable, pienso... Sierto que era obligado a verle; pero yo soy penoso... He dejado tres días para que usted medite, y para traerle la última desisión de la empresa.

CRISTOBAL.—Veamos...

RENE.—Ninguna cosa a discutir por la ganansia de usted, ni por la elección de films, ni por mayor propaganda. Todo eso va bien, ¿no?

CRISTOBAL.—Entonces...

RENE.—Resta una otra dificultad, mon ami... Usted vive equivocado... No asierta en un otro empeño inamisible...

CRISTOBAL.—(*Sorprendido.*) ¿Yo? ¿Qué empeño tengo yo?... (*Después de una breve reflexión.*) ¡Ah, vamos! ¿Lo del traje para esa película nueva? (*Gesto negativo de René.*) ¡Pues ahí sí que no cedo! ¡Yo no pongo en ridículo a mi país vistiéndome de esa forma! ¿Un caballero español con chaquetilla bordada, pantalón a lo mejicano, sombrero ancho con borlitas en el ala y faja con un lazo al costado? ¡Quite, hombre! ¿Y la guitarra en bandolera? ¡No habría

piedras bastantes!... Ya transijo con llamarme don Entrambasaguas... Pero de ahí no paso.

RENE.—¡Bah! Tampoco es cosa esto de disgustarse. Ya arreglaríamos... Usted daría ideas nuevas, y nosotros mucho gusto en someternos. Pero es una otra cuestión, mon cher ami... Es la femme... Usted comprende, ¿no? Es madame del Sid...

CRISTOBAL.—(*Soliviantado.*) ¿Qué ocurre con "madam del Sid"? ¿Volvemos a lo mismo?

RENE.—Siempre hay que volver. Se trata de renovar los contratos, usted sabe... Y el de usted se renova y se amejora; pero no el de madame...

CRISTOBAL.—(*Secamente.*) Entonces, todo es inútil. Yo no he de firmar.

RENE.—(*Desolado.*) Pero, comprenda... usted, haga el favor... No es por los francos, ¡oh, no! Siempre los daríamos a madame del Sid, porque eso es a usted agradable... Pero... ¡el trabajo! Impossible, yo aseguro... Así nada se hase... Es su fortuna que usted juega ahora, y yo quiero darle este consejo.

CRISTOBAL.—(*Que ha escuchado en silencio.*) ¿Qué consejo, señor Lacy?

RENE.—Siendo preciso, nosotros pagaremos a ella por emplearla en dobles de otras "vedettes" que necesiten versión española. También podrá haser otras figuras de una más pequeña importansia; pero no premier plain... De otro modo, no. Es el negosio que defendemos, y el mismo crédito de usted como grande figura del sinema. Usted se hace cargo, seguro...

CRISTOBAL.—(*Pensativo y con mucha amargura.*) No; si ya lo comprendo... ¡Si es lógico!... Mi mujer debe renunciar a todo... ¡Pues yo no quiero que renuncie! Usted no se lo explica, ¿verdad, amigo? Pero es que usted no sabe que, con estos tiquismiquis de si ella sirve o no sirve y de si yo soy la estrella o el lucero, se está rompiendo entre nosotros algo que vale más que el dinero y que la fama: la tranquilidad, la alegría, la paz con que Pepita y yo vivíamos... ¿Usted sabe los espectáculos que damos ahora en la vida íntima? ¡Más que en los estudios, hombre! Diga usted que en Francia no hay guardias de asalto, que si no...

RENE.—Es lástima...

CRISTOBAL.—Y eso cuando ella cree conservar su prestigio de gran artista... ¿Qué pasaría si, como la otra vez, tuviésemos que decirle: "Mira, chica; vuélvete a España, porque esto del "cine" no te entra en la cabeza"?... ¡Ca! ¡Yo no hago eso! Por mucha

razón que ustedes tengan... Yo no soy tan cruel que hiera a sangre fría a Pepita Jiménez, que fué siempre mi ídolo y mi amparo. No debo hacerlo... ¡No quiero hacerlo, además! Tengo tal costumbre de ser yo el que se humille, que sólo de pensar en humillarla a ella me entra un temblor de muerte. ¡Me faltan ánimos para esa mala faena!

RENE.—Usted exagera mucho. Madame Jimenés ha de reconoser la realidad. Ella tiene mucho talento. Y en todo caso, madame no ha de haser sino lo que usted antes ha hecho. Usted tiene derecho a pedirle igual sacrifisio.

CRISTOBAL.—Es que yo no quiero que ella se sacrifique nunca. ¿No ve usted que para sacrificarse, yo ya sin disgusto, sino con la alegría de verla contenta... (*Con un triste suspiro.*) hay que llamarse Cristobita?

RENE.—Permítame desir que está equivocado, y que no hay rasón para esa actitud, y que... (*Se interrumpe René, porque se ha abierto la puerta de la izquierda, primer término, y entra por allí PEPITA, ya terminada su "toilette". Viste un traje sencillo y elegante. Nadie podrá decir si oyó o adivinó la conversación entre los otros dos personajes. Aparece tranquila y dice a Cristóbal.*)

PEPITA.—¿Aun no te has ido, Tobalín? ¡Mira que ese hombre te estará esperando!... (*Como si hasta ahora no reparase en René.*) ¡Ah, aquí está el señor Lacy! ¿Cómo le va, René?

RENE.—(*Besándole la mano.*) Siempre a su devosión, madame.

PEPITA.—(*A Cristóbal.*) Anda, márchate ya, no se te haga tarde.

CRISTOBAL.—No hay prisa.

PEPITA.—Pero... ¡si es un momento, Cristobita! Tomas abajo un coche y concluyes en un cuarto de hora. (*A René.*) Digo, si usted no tiene que hablar con él.

RENE.—No, no... Discutíamos... Cosa pequeña... El negosio...

PEPITA.—(*Con risueña alarma.*) ¡Malo!... Usted discutiendo de negocios es algo muy serio.

CRISTOBAL.—No lo creas. Hubiéramos acabado por estar de acuerdo.

PEPITA.—Entonces, ¿no lo estáis aún? (*Con un mohín de contrariedad.*) Siento haberos interrumpido... Aunque podemos hacer una cosa: ve a probarte esa ropa, y yo procuraré distraer a Lacy hasta que vuelvas.

RENE.—(*Galante.*) ¡Oh, y yo, encantado!

CRISTOBAL.—(*Dudoso.*) El caso es que si tardo...

RENE.—No importa. Usted dise que estaremos de acuerdo, y yo lo deseo... ¡Mucho que lo deseo!

PEPITA.—(*A René.*) Desde luego que se pondrán... ¡Así que no tiene usted "gancho" para conseguir lo que se propone! (*A Cristóbal.*) ¡Anda, corre, Cristobita!... ¡Mira que estar todavía con el batín!... Voy a traerte la americana... Con permiso, René. (*Entra en el dormitorio.*)

CRISTOBAL.—(*Bajo y rápido, a René.*) ¿Va usted a aguardarme?

RENE.—Siertamente. Yo aspiro a convenserle.

CRISTOBAL.—Lo dudo; pero... sea como usted quiera. A ella, ni una palabra. No tiene por qué enterarse.

RENE.—Descuide.

PEPITA.—(*Saliendo de la alcoba con la americana y el sombrero flexible de Cristóbal.*) Aquí tienes. (*Cristóbal se quita el batín.*) Ven que te ayude... (*Le ayuda a ponerse la americana.*) ¿Ves cómo necesitas un ayuda de cámara? Porque a lo mejor, yo no te sirvo... Toma el sombrero...

CRISTOBAL.—Gracias, mujer. (*A René.*) ¿Quedamos en que usted me espera?

RENE.—Ya que madame es tan amable...

CRISTOBAL.—Pues hasta ahora mismo. Vamos a luchar en la calle con los chicos y las "midinetes" que me persiguen. (*Se va por el foro.*)

PEPITA.—¡Que tomes un auto, Tobalín! (*A René.*) Así volverá a escape.

RENE.—¡Oh, yo no estoy con prisa!

PEPITA.—Me alegro. No quisiera que por mi culpa quedara sin resolver lo que traían entre manos. ¿Qué es? (*Le pregunta sencillamente, con una curiosidad muy femenina.*)

RENE.—(*Discreto.*) Nada, ya dije... Detalles pequeñitos del contrato a haser...

PEPITA.—(*Sonriendo con malicia.*) ¿Solamente detalles pequeñitos? Más vale así... (*Hay una pausa embarazosa. René está desasosegado y procura esquivar la mirada de Pepita, que le contempla con irónica fijeza y que al cabo se determina a hablar.*) Agradezco mucho su discreción, Lacy; pero crea que es innecesaria.

RENE.—Comment?

PEPITA.—Ya sé de lo que hablaban. Olvidaron ustedes que yo estaba ahí dentro, y... (*Atajando a René, que pretende hablar.*) No, no me explique... ¡Si no hace falta!... ¿No le digo que acabo

de escucharles? (*Después de otra brevísima pausa y con un ligero temblor en la voz.*) Usted tiene razón.

RENE.—(*Atento a su negocio.*) ¿Verdad?

PEPITA.—Cristóbal es demasiado bueno... (*Habla pausadamente, como si no encontrase las palabras. Se frota nerviosamente las manos, y se advierte su esfuerzo para conservar la serenidad.*) Bueno como artista, claro... Y bueno como esposo. (*Ronca ahora, la voz colérica.*) ¡Pero no me conoce!

RENE.—Tiene un gran corasón... Y él adora a madame...

PEPITA.—(*Siempre con el tono áspero y trémulo.*) Me adora, sí. Lo malo es que no sepa comprenderme. Le repito que tiene usted razón, Lacy, y que puede estar tranquilo. El contrato de mi marido se firmará cuando ustedes quieran. Yo no he de oponer dificultad.

RENE.—(*Aventurando una explicación.*) Usted habrá entendido, madame Jimenés...

PEPITA.—Mi mayor alegría es ésta: que vuelva usted a nombrarme "madame Jimenés". De ese modo enterramos para siempre a Jimena del Cid. (*Sin poder contener su angustia.*) ¡Para siempre!

RENE.—Tampoco eso... Yo no quisiera que usted jusgase mal de nosotros. Se trata del arte y del porvenir de Cristián del Tajo; pero usted sabe...

PEPITA.—No hay que saber sino que yo le estorbaría a... Cristián del Tajo, como usted dice. Y no le estorbaré; viva usted tranquilo. Pueden elegir la estrella que luzca a la par de Cristóbal... ¡No, no! ¡De Cristián! La ventaja de estos cambios de nombre es que parece que hablamos de otra persona. Pensar que alguien que no fuese yo brillara junto a Cristóbal Tajuelo me encendería la sangre. Pero junto a Cristián del Tajo, ¿qué me importa?

RENE.—Tampoco él quiere tenerla apartada. Yo soy apenado de oírla. Su marido nunca admitiría estar separado de su madame Jimenés...

PEPITA.—¿Ahora es egoísta? Pues... no importa. Acepto lo que usted proponía. Denme los trabajos que yo pueda hacer sin que peligre la labor ajena. (*Y aun tiene el heroísmo de dar suelta a una risa que suena estridente y metálica.*) Pero, ¿si yo no tengo orgullo, y sabré conformarme con lo que me ofrezcan? Crea usted que me dolería mucho que dudasen de mi modestia

RENE.—(*Contento por la feliz solución del asunto.*) Usted será siempre artista notabilísima. Falta conoser los secretos del sinema, que Cristián del Tajo adivinó... Cuando esto sea, usted tendrá seguro el triunfo. Yo garantiso...

PEPITA.—¡Ea, Dios le oiga! Aunque no quiero hacerme nuevas ilusiones... Lo que interesa es que Cristián, ¡el adivino!, no sufra perjuicios.

RENE.—¡Qué grande alegría ésta que me da! Y también para su marido... Usted se produse como una buena esposa, madame. Ya estoy con el deseo de que él retorne, para yo desirle todo su desinterés.

PEPITA.—¿Por qué no se evita la molestia de esperar? A mí me será fácil convencer a Cristián de que nade se opone a sus triunfos. Y si tenemos que discutir, estando los dos solos...

RENE.—¡Oh, sí! ¿Cómo no va él a convenserse, amándola tanto?... Buena idea ésta de que sean ustedes que hablen...

PEPITA.—Conformes, ¿no? (*La frase es como una despedida. René está ya en pie, y dispuesto a irse, cuando se abre la puerta del foro y entra DOÑA JESUSA.*)

JESUSA.—(*Al entrar.*) Buenos días. Se me pegaron las sábanas, hija. (*Saludando a René.*) Hola, "musiú" Lacy. "¿Comán talevú?

RENE.—A sus órdenes... y asombrado de cómo usted progresa al fransés.

JESUSA.—Que me voy soltando. Esas tres palabritas no se me escapan ya. (*A Pepita.*) ¿Y tu marido?

PEPITA.—Salió; pero volverá pronto.

RENE.—(*A Pepita, ya en la despedida.*) Bien, madame; ya que usted será la que hable con él, si usted me permite...

PEPITA.—Vaya descuidado, René. Todo se resolverá hoy mismo.

RENE.—¡Encantado! Usted nunca será arrepentida de dar libertad a Cristián del Tajo...

PEPITA.—Eso es lo que deseo. Y siendo yo la que estorba...

RENE.—¡Oh, no, no, madame! Unicamente que él, más suelto, ya sin ligasón... N'est pas.

JESUSA.—(*Que ha oído con asombro.*) ¿Cómo?... (*A Pepita.*) ¿Qué hablas tú de estorbos? (*A René, repitiendo las únicas palabras francesas que sabe.*) "¿Comán talevú?" (*Advirtiendo que René no se entera.*) Que de qué hablan ustedes...

PEPITA.—(*Rápidamente, para evitar la polémica.*) Cosas nuestras. Ya lo sabrás. (*A René.*) Lo dicho, Lacy. Seguramente, Cristóbal le verá luego para firmar su contrato.

RENE.—Je vous en remercie... (*Besándole la mano.*) Au plaisir... (*Besando también la mano de doña Jesusa.*) Adieu, madame Jesusá.

JESUSA.—(*Con grave reverencia.*) "Comán talevú, musiú" (*Se va René Lacy por el foro.*)

PEPITA.—(*A doña Jesusa, cuando René se ha ido.*) ¿No sabes decir más que eso, mamá?

JESUSA.—Nada más, hija. Eso y "s'il vu ple", que te lo largan a cada paso. Así me voy arreglando.

PEPITA.—¡Ya estás lista! (*Una pausa. Pepita va a sentarse desmayadamente en una silla, y queda inmóvil y silenciosa, los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, perdida la mirada en el espacio.*)

JESUSA.—(*Inquieta.*) ¿Qué tienes? (*Pepita no contesta. Quizá no ha oído. Su madre insiste.*) ¿Qué tienes, Pepita?

PEPITA.—(*Estremeciéndose como si volviera a la realidad.*) ¡Ay! Nada, madre; no tengo nada...

JESUSA.—¿Que no?... ¿A qué vino ese hombre?

PEPITA.—Ya lo oíste. Cosas del negocio... El contrato de Cristóbal...

JESUSA.—¿Y el tuyo?...

PEPITA.—¿El mío?... (*Con llanto en los ojos y en la voz.*) ¿Qué le importa a nadie el mío?

JESUSA.—(*Cada vez más recelosa.*) Pero, vamos a ver: ¿Qué ha pasado aquí? ¿A quién ibas tú a estorbarle, por lo que he oído antes?

PEPITA.—No te preocupes... (*Guarda de nuevo silencio, y lo rompe ella misma con ansia de que la oigan.*) Mira, mamá; yo estoy cansada... Me aburren Saint-Cloud, y los estudios, y los compañeros, y el "cine", y René Lacy, y... ¡qué sé yo!... ¡Hasta el propio Cristobita!

JESUSA.—¡Anda, hija! ¡Mucho has tardado! ¡Bien te lo pronosticaba yo!... Pero, te empeñaste...

PEPITA.—No es eso; no me entiendes... Es que estoy de mal humor, que nada me satisface... y que me quiero volver a España.

JESUSA.—(*Estupefacta.*) ¿Tú?... Pero, ¿con él? ¿Con tu marido?

PEPITA.—No. Contigo, con Cruz... El debe quedarse, puesto que aquí encontró la suerte.

JESUSA.—(*Temerosa ante la perspectiva que adivina.*) ¡Pepita!... ¿Es en serio lo que dices? ¿Separarte de él?...

PEPITA.—¡Vaya, no te alarmes! ¿Quién habla de separaciones? Es porque le conviene, porque le pagan..., y porque va a hacerse célebre. Y yo..., como esto no me gusta, como no quiero seguir en Francia, me vuelvo a mi tierra y a mi arte. Y no hay más.

JESUSA.—No te creo. (*Pepita va a protestar, y doña Jesusa insiste.*) ¡Que no te creo! Que soy tu madre, que te conozco muy

bien..., y que tú me ocultas algo que te está repudriendo la sangre. ¿Habrá sido capaz ese franchute, o el majadero de tu esposo, porque con todo su Cristián del Tajo y sus miles de francos sigue siendo un majadero...

PEPITA.—(*Interrumpiéndola.*) ¡Cállate, mamá! ¡No te imagines fantasías! Y sobre todo no hablemos más de esto. No quiero que hablemos, ¿lo oyes? (*Lo dice seca y enérgicamente, y doña Jesusa no se atreve a seguir discutiendo. Se limita a decir, muy atribulada.*)

JESUSA.—Bien, sí; lo que tú digas... Y a callarnos. ¿A España? Pues, ¡a España!... ¡Y viva tu amor propio! ¿Dónde está el brío de Pepita Jiménez? ¡Valiente brío, que no le sirve más que para volverse a su tierra, achicadita y sin alzar el gallo! Y el otro aquí... ¡Es claro!..., al otro le estorbas y te da el puntapié... Porque es eso, y nada más que eso; que tonta no soy, y las cazo al vuelo... Ahora, que si es tu gusto...

PEPITA.—(*Levantándose y hablando con pena, con rabia, en un balbucir de palabras entrecortadas.*) ¡No callarás! ¡No callarás!... ¡Tendré que oírte siempre! Y tendré que aguantarme... Y sufrir yo sola... Y todos golpeando sobre mí... Ahondando este cuchillo... sin ver el martirio..., sin comprender que he sido yo..., que he sido yo... (*Se ha abierto la puerta del foro y ha entrado CRISTOBAL, que oye atónito las frases de Pepita. Esta, al verle, calla de golpe. Hay un enojoso silencio, y al cabo es Cristóbal quien habla, para preguntar.*)

CRISTOBAL.—¿Qué es esto?

PEPITA.—¡Nada!

JESUSA.—¡Mucho! (*A Cristóbal.*) Y tú lo sabrás... Digo, si no lo sabes tú, ¡a ver quién va a saberlo!

CRISTOBAL.—(*A Pepita.*) ¿Quieres explicarme?...

PEPITA.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Para qué?

JESUSA.—¡Eso!... ¡Para qué!... Sufre tú sola, como dices... Trágate las lágrimas, y que el señorito no se sofoque... Pues, ¿a qué estamos, sino a evitarle sofocos al señorito?

CRISTOBAL.—(*Muy desabrido, a doña Jesusa.*) ¡No hable usted más! ¡Márchese de aquí!

JESUSA.—(*Dispuesta al ataque.*) ¿Que yo me marche?...

PEPITA.—(*Interviniendo.*) Sí, mamá; es lo mejor... Vete a buscar a Cruz... Hay que ir preparando mis baúles. (*Al oír esto, Cristóbal mira desconcertado a Pepita, que sigue diciendo a su madre.*) Anda, sal y no te enfades...

JESUSA.—Pero, ¿cómo es posible?...

PEPITA.—Márchate, madre, hazme el favor... (*La empuja cariñosamente hacia la puerta del foro.*) ¿No ves que te lo estoy suplicando? Ya te llamaré luego... ¡Si no ocurre nada!... ¡Si yo estoy tranquila!... (*Y así la lleva hasta la puerta del foro y la obliga a salir, sin que doña Jesusa tenga ya ánimos para protestar. Pepita y Cristóbal quedan solos en escena.*)

CRISTOBAL.—¿Qué decías del equipaje?... ¿Piensas irte? ¿Adónde?

PEPITA.—¿Adónde va a ser? A Madrid.

CRISTOBAL.—¿A Madrid?... (*Queda un momento como anonadado. Luego mira en torno suyo y pregunta.*) ¿Y Lacy? ¿No quedó en aguardarme?

PEPITA.—Se marchó a ruegos míos. Lo que él pensaba decirte podía decírtelo yo más claramente.

CRISTOBAL.—Pues habla.

PEPITA.—Ya lo has oído: que volvemos a España.

CRISTOBAL.—¿Yo también?

PEPITA.—No; tú, no. Descuida... Tú puedes quedarte en Saint-Cloud.

CRISTOBAL.—¿Y por qué? ¿Por qué puedo quedarme yo..., y por qué tienes que marcharte tú? ¿Qué ha ocurrido, Pepita?

PEPITA.—Lo más enojoso será que tengamos que andar con hipocresías. Tú sabes lo que ocurre; yo lo sé también..., y no hace falta ninguna otra explicación.

CRISTOBAL.—¡Sí! ¿Pues no ha de hacer falta? La deseo, la reclamo... ¿No hay en el Diccionario una palabra: "Exigir"? ¡La exijo! Dispensa, chica; pero la exijo. Quiero saber por qué te marchas, por qué me abandonas...

PEPITA.—Abandonarte, no. No creas que pensaba irme sin tu permiso..., que estoy segura de que no has de negármelo. Ya no me necesitas. Por el contrario, sé muy bien que represento para ti una rémora, una dificultad, de la que has de librarte a toda prisa.

CRISTOBAL.—¡No!

PEPITA.—¡Sí! Te he dicho que entre nosotros no debe haber hipocresías. Oí lo que te dijo Lacy, y me enteré de que yo estorbo para que tú consigas la fama a que tienes derecho. ¿Cómo no me he de ir? Hoy mismo, si puedo.

CRISTOBAL.—Pues yo te digo que no te marcharás. ¿Has oído a medias, o qué? Porque, si oíste lo que dijo Lacy, también oirías lo que yo contesté. ¡A no ser que entonces te tapases las orejas! Yo me opuse a lo que se me proponía, y me negué a aceptar nada...

PEPITA.—No te esfuerces... ¡Sí lo sé, Cristóbal! ¡Si no perdí una sola de vuestras frases!... Y..., mira; lo que más me dolió fué eso:

tu generosidad, tu abnegación, el nuevo sacrificio que pensabas hacer. ¡No, hombre, no! Deja que me vaya y no me libres de una humillación... humillándome más.

CRISTOBAL.—¿Qué dices?

PEPITA.—(*Estallándole toda la cólera y todo el despecho que le corroen el alma.*) ¡Que me marcho! ¿Puedes dudar de que me marcho? ¿Pensabas que yo me quedase aquí, viviendo de tu influencia y de tu lástima? ¿Yo?... ¿Pepita Jiménez?... ¿Yo soportar las risas y las burlas de todos, y admitir limosnas, y resignarme a ser?...

CRISTOBAL.—(*Interrumpiéndola, con una gran pena.*) Lo que yo he sido antes para ti... No sigas hablando, que estás ciega y no ves adónde puedes llevarnos a los dos. (*Con el acento tímido y humilde de siempre, como si implorase misericordia.*) Mira; no quiero que te vayas... Ahora te necesito más que nunca, porque estoy seguro de que, apenas te fueses, todas estas glorias que me están anunciando me serían insoportables... ¡Digo, bien lo sabes tú! ¿Por qué te empeñas en que vivamos apartados, y en hacerme creer que ya no existe ni el cariño ni la compasión con que antes me sostenías? ¿Cómo voy a ver en ti a una rival celosa?

PEPITA.—(*Altiva.*) ¿Celos yo de ti?

CRISTOBAL.—¿No te digo que no?... ¿De qué ibas a tenerlos? ¿De que unos pobres locos se empeñen en decir que Cristobita es un gran artista, y resulta guapo..., y tiene buena voz? Pero, ¿piensas que yo voy a creerme esa paparrucha? ¡Vamos, tendría gracia!... De risa podrías morirte; pero lo que es de celos... ¿Te va a disgustar que yo me abra camino?

PEPITA.—Para que no te abras a tus anchas y sin que yo sea obstáculo en él es para lo que me voy.

CRISTOBAL.—Pero tú puedes seguir a mi lado...

PEPITA.—¡Eso es lo que no quiero! Triunfa tú, porque, sin duda, te lo mereces; pero no pretendas encadenarme a esta medianía de aquí, en la que todo es disfraz; ¡todo, hasta el apodo ridículo que nos eligen! Yo no me conformo con ser la Jimena del Cid a la que se admite para que tú no te disgustes. Vuelvo a ser Pepita Jiménez, y no puedes oponerte a que busque aquellos aplausos que tú mismo me anunciabas que echaría de menos.

CRISTOBAL.—Tienes razón... ¿Con qué derecho voy yo a encadenarte a nada? ¡Ni a mí mismo! Ni a este cariño mío, tan leal y tan hondo... Las cadenas fueron para mí, que supe acomodarme a todo, y estaba orgulloso cuando triunfabas tú, y, para que lograras tu ambición, me avine a ser el infeliz que te servía los vasos de agua... ¡Si toda la que yo te saqué a escena la echaran de golpe

al Manzanares, lo hacían navegable! Y esto no lo veías... En esto no te fijabas...

PEPITA.—(*Desdeñosa.*) ¿Qué otra cosa podías hacer?

CRISTOBAL.—¿Tú qué sabes? ¿Tú qué sabes lo que yo he perdido, lo que dejé que me arrebataran?... ¡Si no lo sé yo mismo!... ¡Si hasta me arrebataron la mujer que quería, la Pepita Jiménez morena, guapa y bondadosa, y admití esta otra muñeca rubia y áspera, que no hace más que despreciarme, que es un estropajo por fuera... ¡y por dentro, que es lo peor!

PEPITA.—(*Revolviéndose frente a él.*) ¡Insúltame, si te parece!

CRISTOBAL.—¡Yo qué te he de insultar!... En los insultos hay todavía un fondo de pasión, y entre nosotros no hay ya pasiones ni rencores... ¡Indiferencia! Te veo con ese disfraz de que me hablabas, y comprendo que sí, que es verdad, que en ti todo es postizo, que se acabó mi Pepita Jiménez, y que la que me humilla y se me pone flamenca es Jimena del Cid... (*Con repentina cólera.*) ¡Y a Jimena del Cid ni se lo tolero, ni se lo perdono!

PEPITA.—¿Qué me importa? ¿Qué perdón reclamo yo de ti, ni cuando necesité que me perdonaras? A mí misma debo yo perdonarme, que fuí tan necia que te elevé a mi altura, sin pensar que no sabrías agradecerlo...

CRISTOBAL.—¡Calla!

PEPITA.—¡Quédate aquí, y deja que yo escape de este tormento de todas horas, y que me libre de esa vanidad estúpida que se te desborda y que te hace grotesco y más infeliz que cuando eras el Cristobita de los escenarios!

CRISTOBAL.—(*Ciego, rabioso.*) ¡Calla, te digo! ¿Quieres callarte de una vez?... (*Ha llegado junto a ella y, con mucha violencia, la sujeta por los brazos y le tapa la boca para hacerla callar; pero reacciona en el acto, asustado de su momentánea excitación, y suelta a Pepita, que retrocede, atemorizada, y murmura.*)

PEPITA.—¡Cobarde!

CRISTOBAL.—(*Desmadejado, laxo, sin fuerzas, casi sin aliento.*) ¿Lo ves tú?... Cobarde, sí... ¡Tenía que pasar! ¡Cobarde, Cristobita, que pone sus manos de trapo en una mujer y no se muere de vergüenza!... (*Grotesco en su dolor y en su insignificancia.*) Perdóname... Pégame tú, si quieres; pero perdóname... aunque no lo merezca... Y vete... Nos conviene a los dos... (*Camina de espalda, hacia la puerta del foro, recogiendo al paso su sombrero, que dejó en cualquier sitio.*) Te vas... A España, a la China, adónde quieras... También yo me voy... Te dejo libre, y me voy... A la calle, en busca de aire... A que todos me griten, y a gritar yo, a gritar que soy un cobarde..., y un estúpido..., y un pobre iluso que tuvo

fe en ti... (*Cristóbal hace mutis rápidamente. Pepita, sola en escena, se ha dejado caer sobre una silla y solloza acongojada. Luego se yergue y seca sus lágrimas con rabia.*)

PEPITA.—¡Esto, no! ¡Esto, nunca!... (*Otra vez con la angustia del llanto.*) ¡Y yo le quería!... ¡Yo le quería!... (*Vuelve a secarse las lágrimas y dice, con firmeza,*) ¡Pero nunca más! (*Procura serenarse, y va al teléfono, para hablar desde allí.*) ¡Al-ló!... Mademoiselle, ditez á ma mére et mon habilleuse que je les attends... Merci bien... (*Deja el teléfono.*) ¡Hoy mismo a Madrid! A mis éxitos, a mi casa! ¡Lejos de este bochorno! (*Por el foro llegan DOÑA JESUSA y CRUZ.*)

JESUSA.—(*Al entrar.*) ¿Nos llamas?

PEPITA.—Sí, mamá. Como te dije antes, nos vamos.

JESUSA.—¿A Madrid? ¿Cuándo?

PEPITA.—Esta noche.

CRUZ.—¡Ay, qué alegría! ¡Madrid de mi alma!

JESUSA.—(*A Pepita.*) Pero, hija, ¿no hay arreglo?

PEPITA.—Sin discutirlo. ¡Es cosa resuelta!

JESUSA.—¿Y tu marido?

PEPITA.—Sigue en Saint-Cloud. Ya lo hemos acordado.

JESUSA.—¡Estás loca!

CRUZ.—¡Vamos, señora!... La locura sería pudrirse en este pueblo, cuando tenemos el nuestro, que es el mejor del mundo. Digo, y que... ¿a cuántos estamos? ¡A dos de septiembre! ¡Casi na! Llegamos pa la verbena de la "Melonera".

PEPITA.—Me alegro, mujer.

JESUSA.—¡Déjanos en paz, criatura! ¡A trabajar!

CRUZ.—¿Qué quiere usté que haga?

JESUSA.—(*A Pepita.*) El equipaje, ¿no?

PEPITA.—Sí. ¿Separaste los baúles?

JESUSA.—Ya tengo en mi cuarto los tuyos, para empezar a poner las ropas.

PEPITA.—(*A Cruz.*) Ve recogiéndolas del armario y llévalas al cuarto de la señora. (*A doña Jesusa.*) Tú las colocarás luego.

CRUZ.—Como usté mande. (*Entra Cruz en el dormitorio, para volver a salir llevando diversas ropas femeninas y se va por la puerta del foro.*)

PEPITA.—(*A doña Jesusa.*) Las sombrereras y las cosas de los maletines las dispondré yo.

JESUSA.—¿Tan urgente es la marcha, Pepita?

PEPITA.—Ya te he dicho que sí.

JESUSA.—Pues yo vuelvo a decirte que me parece que haces

un disparate, y que no tienes ni pizca de cutis. ¡En tu pellejo había yo de estar!

PEPITA.—Mira, mamá, déjame tranquila, que bastante tengo yo sobre mí para que tú vengas a atormentarme.

JESUSA.—¡Ya! ¡Si acabarás pagándola conmigo!

PEPITA.—Ni contigo ni con nadie. Esto se concluyó, y no hay más que hablar.

JESUSA.—Concluído. ¿Quién se ocupa de los billetes?

PEPITA.—No creo que ese hombre se niegue a ir por ellos, ni a acompañarnos a París.

JESUSA.—Bueno, bueno... Pero no me negarás que es un dolor, y que yo estoy obligada a hacerte reflexiones, porque al fin y al cabo soy tu madre. Y él es tu marido. Muy tonto, desde luego; pero, tonto y todo, siempre era una ayuda, y más ahora, que empieza a ganarlo a montones. Y que estáis casados como manda Dios, y no creo yo que Dios pueda consentir esto... (*Se abre bruscamente la puerta del foro, empujada por el pie de CRISTOBAL, que llega cargado de paquetes de diversos tamaños, los cuales le impiden valerse de las manos.*)

CRISTOBAL.—(*Al entrar, secamente.*) Hola. (*A doña Jesusa.*) ¿Quiere usted dejarnos solos?

PEPITA.—(*Con viveza.*) ¡No te vayas, mamá!

CRISTOBAL.—(*Sin acritud, pero con energía.*) Sí. Me va a hacer el favor de irse, ¿verdad?

JESUSA.—(*Intenta mostrarse conciliadora.*) Pero, hijos...

CRISTOBAL.—No se preocupe usted.

PEPITA.—(*A doña Jesusa.*) Yo me iré contigo.

CRISTOBAL.—No; tú te quedas. (*Pepita, asustada, no se atreve a replicar; Cristóbal continúa, dirigiéndose a doña Jesusa, muy afable.*) Váyase tranquila, querida suegra, que no vamos a comernos. Yo, por lo menos, no voy a comerme nada.

PEPITA.—Seré yo, entonces.

CRISTOBAL.—(*Irónico.*) Quizá...

JESUSA.—¡El demonio que os entienda! (*No del todo tranquila, pero convencida de que Cristóbal no la dejará permanecer allí, se va doña Jesusa por el foro. Cristóbal cierra la puerta empujándola con el pie, porque aun no soltó sus paquetes. Los suelta luego, dejándolos a medida que va desenvolviéndolos.*)

CRISTOBAL.—Chocolate... Jamón... Embuchado... Pasteles de crema... "Foie-gras"... Tartinas de "chantilly"... Mermelada de ci-

ruela... Dulce de cabello... (*A Pepita, que le mira con asombro y temerosa de que se haya vuelto loco.*) ¡Cómete eso!

PEPITA.—(*Estupefacta.*) ¡Cristóbal!

CRISTOBAL.—¡Que comas, te digo!

PEPITA.—Pero, ¿qué traes ahí?

CRISTOBAL.—La tienda de abajo, que la dejé vacía. Cosas que engordan, grasas, azúcar, féculas... ¡Lo contrario a tu régimen! ¡A comer!... ¡A recuperar en tres días esos quince kilos que te quitaron en tres meses!

PEPITA.—¡Ay, Dios mío, que te has vuelto loco!

CRISTOBAL.—¡No lo sé! Lo que te digo es que te comas esto que traigo, porque ahora sí que mando de veras... Toma, un emparedado de "foie-gras". Son exquisitos... (*Le obliga a comérselo casi a la fuerza.*) ¡Atrácate, atrácate, Jimena del Cid!... ¡Ah! ¿Dónde está ese potingue del pelo?

PEPITA.—¿Quieres explicarme?...

CRISTOBAL.—¿Que dónde está?

PEPITA.—Ahí, en el tocador. (*Cristóbal se va como una flecha por la izquierda, primer término, y Pepita le sigue hasta la puerta.*) Pero, dime lo que te ocurre... ¿Qué te propones, Cristobita? ¿Qué broma es esta?...

CRISTOBAL.—(*Que vuelve a salir con un gran frasco de tocador en una mano y un carboncillo en otra.*) ¿Broma?... ¡Precisamente!... ¡Mira lo que hago yo con el potingue!... (*Esparce por el suelo el líquido que contiene el frasco.*) ¡Tú no vuelves a darte en el pelo más que agua clara! Y toma... (*Dándole el carboncillo.*) Un carboncillo... ¡A pintarte ya mismo el lunar!

PEPITA.—¿Cómo?

CRISTOBAL.—¡Así! (*Le quita el carboncillo y le pinta él mismo el lunar.*) ¡Ajajá!... ¡Con la gracia que te hace!... ¡Vamos! Otro emparedado... (*Se lo da.*) ¡Anda, chica, que te gustan!... Y ahora un pastel de crema... (*Dándoselo.*) ¡Riquísimos son!

PEPITA.—(*Aturdida, desconcertada, pero ya con luz de alegría en los ojos.*) ¡Di ya lo que pasa! ¿Esto qué es?...

CRISTOBAL.—Esto es que te vuelves a España..., ¡y yo contigo! Pero contigo, con Pepita Jiménez, morena, garbosa y con lunares. A Jimena del Cid, flaca, desabrida, amarilla canario..., a esa la dejamos en Francia para siempre..., ¡y que se divierta con Cristián del Tajo!

PEPITA.—¡Cristobita!

CRISTOBAL.—(*Con una risotada.*) ¡Eso! ¡Cristobita!... A Ma-

drid, en el primer tren... A ser tú la actriz famosa que eras, y a servirte yo cartas y vasos de agua. (*Abrazándola.*) A sentir entre mis brazos a Pepita Jiménez, porque esa no puede humillarme con su altivez. Y la otra, la rubia-estropajo que me maltrata, que me insulta, que no quiere estar junto a mí..., la otra que desaparezca, porque..., mira; estuve a punto de ahogarla, y no quiero, no quiero... (*Se le saltan las lágrimas recordando la escena anterior.*) Tú me perdonas, ¿verdad? ¡Es que no quiero tenerla que ahogar!

PEPITA.—(*Temblorosa de júbilo entre los brazos de Cristóbal.*) ¡Ay, Tobalín!... ¿Qué hablas? Yo no permito que renuncies al triunfo...

CRISTOBAL.—¿Triunfo? ¡El de que me quieras! ¿Cuántas veces no te lo habré dicho? ¿Qué triunfo es el de esclavizarme a un muñeco pintarrajeado y escuálido? ¿Qué duración tendría, además? Unas películas vistosas, un par de años de popularidad, y luego..., a reemplazar al ruso Paulieff en el "maquillaje" o a quitarle a "Bartolo" su portería. ¡No, no, Pepita! ¡Mejor lo otro! ¡Se acabó el rodar! ¡Mejor querernos a todas horas, y si he de rodar por alguien..., que sea por ti, guapa!

PEPITA.—¿Y no te da pena?

CRISTOBAL.—¡Ninguna! Ya avisé a René Lacy que no firmo el contrato y que me vuelvo a España para ser feliz.

PEPITA.—¡Feliz yo contigo, que nunca sabré apreciar todo lo que hay en ti de generoso y de abnegado!

CRISTOBAL.—¡Bah, bah, bah!... ¡Déjate de historias! Yo no puedo ser más que Cristobita. Nací para eso, créeme tú, y lo acertó el cura al bautizarme. (*Imitando a René Lucy.*) ¡Fuera Cristián del Tajo! ¡Fuera Jimena del Cid!... ¡Nunca más la pantalla!... Porque en la pantalla las prefieren rubias..., ¡y a mí me gustan las morenas!

TELON

Los Molinos (Guadarrama), julio 1932.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID